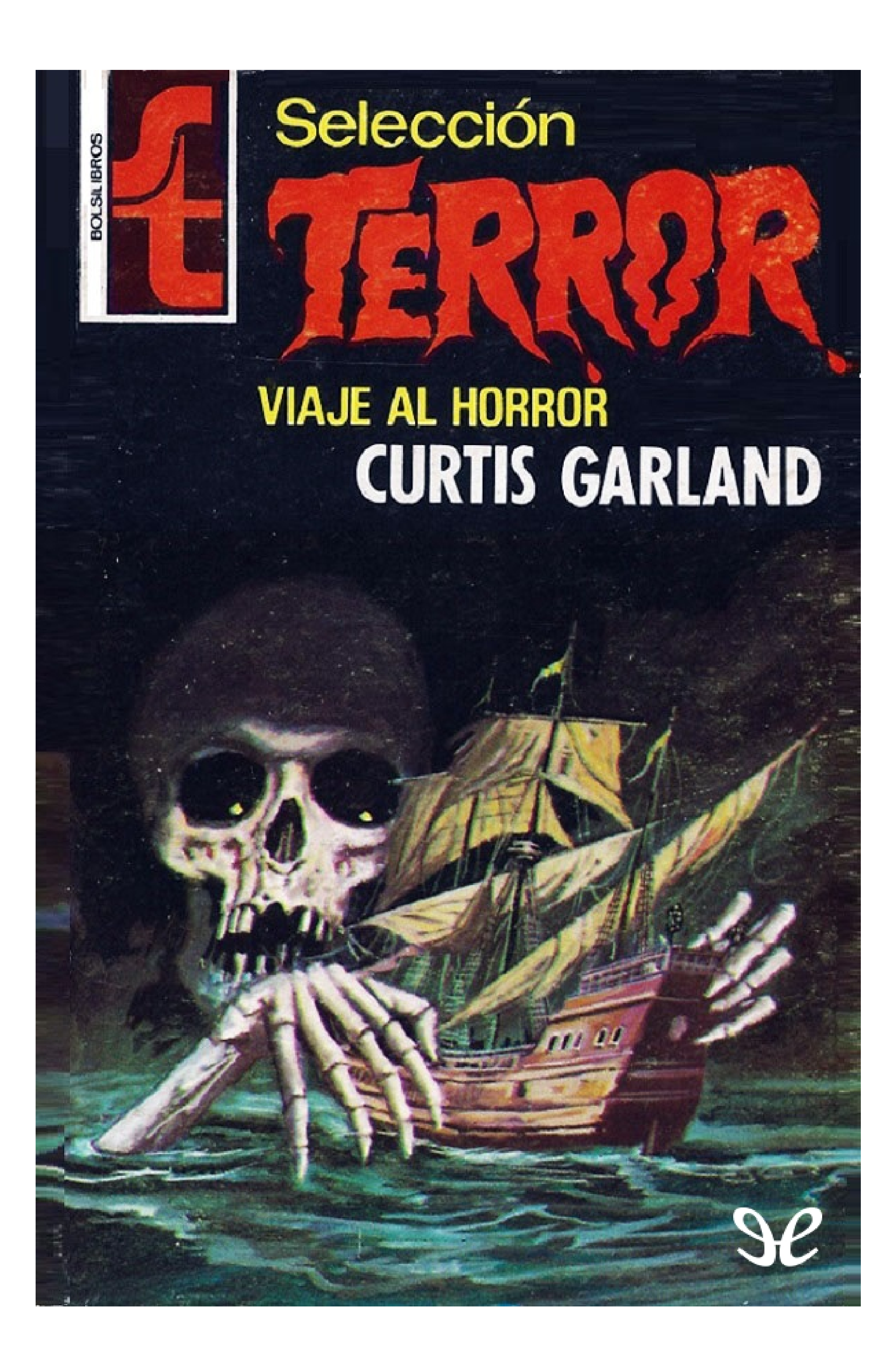

BOLSILIBROS
Selección
TERROR
VIAJE AL HORROR
CURTIS GARLAND

«Los primeros sucesos extraños comenzaron a hacer su aparición a bordo el tercer día de travesía.

Llegó el primero de los incidentes que iban a marcar la escalada hacia el terror y la muerte, a bordo del bergantín goleta que navegaba majestuosamente, ondeando la enseña británica en su popa.

El grito les sobrecogió a todos, quizá porque no lo esperaban. Pero quizá, también, por su agudo tono estremecedor, que hablaba de angustia, de pánico acaso.

Era un grito de mujer, que conmocionó toda la nave. Y procedía de algún punto en la cubierta».



Curtis Garland

Viaje al Horror

Bolsilibros: Selección Terror - 187

ePub r1.0
xico_weno 26.08.16

Título original: *Viaje al Horror*
Curtis Garland, 1976
Ilustraciones: Antonio Bernal

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

PREFACIO

Quizá al leer esta historia en sus inicios, algún lector recuerde el viejo misterio del Mary Celeste, el bergantín goleta que, sin explicación aparente posible, apareció sin rumbo, entre las Azores y la Península Ibérica, en diciembre de 1872. La desaparición de todos sus tripulantes, incluido su capitán, con su esposa e hijita, jamás fue explicada por nadie, y el misterio subsiste hoy en día y se ha prestado a supersticiosas leyendas marineras.

Pero ese hecho verídico no es el utilizado en nuestra historia, como pronto comprobará el lector por los detalles del relato, si bien no debo negar que la realidad me inspiró esta idea, alterando las circunstancias del misterio… y dándole, eso sí, una segunda parte mucho más inquietante e inexplicable que la primera.

El bergantín goleta *Sally Ann*, utilizado en mi historia, es, pues, enteramente imaginario. Y también lo que a bordo suyo ocurrió.

Aunque en esto de las historias misteriosas del mar y sus gentes, uno nunca puede estar seguro de nada…

EL AUTOR

CAPÍTULO PRIMERO

—Es el *Sally Ann*.

—Exacto, *sir* Humphrey. Es el *Sally Ann*. Veo que tiene usted buen ojo para los veleros.

—Lo tengo para todo lo que sea del mar, *sir* Josuah. Ese grabado no podría confundirlo, de todos modos, con ningún otro velero del mundo. Es un bergantín goleta con bandera británica. Típico de la primera mitad del siglo XIX. Y lleva una especie de pequeño mascarón de madera roja, de caoba, en la parte superior del bauprés. Es el rostro de una mujer llamada *Sally Ann*, según afirman los marineros. Y es la que dio el nombre al barco. Por eso le dije que no podía confundirse con ningún otro. Habitualmente, no se sitúa mascarón alguno en ese lugar, usted lo sabe. En especial, en un bergantín goleta.

—Aprobado en Náutica e Historia, *sir* Humphrey —rió de buena gana *sir* Josuah Salters—. Acertó usted de lleno. He obtenido este grabado en una tienda de viejos objetos marineros, en Chelsea. Había estado buscando uno similar desde hace tiempo. Poseo el que aparece en un volumen de la Enciclopedia Marítima de Callaghan, pero es poco minucioso, y ni siquiera se aprecia bien en él la forma de ese curioso mascarón.

—¿A qué viene tanto interés en el viejo barco maldito, *sir* Josuah? —se sorprendió *sir* Humphrey, pestañeando tras sus gafas de gruesos vidrios.

—Usted acaba de decirlo, amigo mío —sonrió *sir* Josuah—. Precisamente por su condición de maldito…

—Tiene usted fama de gran amante de la mar y sus cosas, es cierto. También, y no se moleste por ello, mi querido amigo, tiene usted fama de caprichoso y hasta algo excéntrico en sus cosas. Cosa por otra parte que me parece muy bien, cuando se posee una

fortuna como la suya para permitirse el lujo de serlo. Pero ignoraba que le gustara coleccionar grabados de barcos malditos. Yo le podría decir dónde encontrará un daguerrotipo magnífico, representando al místico Holandés Errante, y de ese modo…

—Mi querido *sir* Humphrey, no me interesan los grabados. Ni los buques malditos —rió de buena gana *sir* Josuah, dejando el grabado sobre la mesa del club, entre las copas de *brandy* o de oporto que degustaban los socios del señorial círculo de
Regent's
—. Lo que de veras me interesa es este barco, el *Sally Ann*…

—¿Por algo en especial?

—Puede decirse que sí. Hay algo muy especial en este barco, *sir* Humphrey.

—No necesita decírmelo. Todo el mundo lo sabe.

—No me refería a eso, exactamente. Cierto que tiene alguna relación con ello, pero eso no explicaría mi deseo en poseer este minucioso grabado. La verdad es que no soy un hombre excesivamente morboso. Pero me atrae la tragedia de ese barco.

—También atrajo a mucha gente por entonces. Desde la compañía naviera que lo fletó, hasta los parientes y amigos de su tripulación, pasando naturalmente por las autoridades navales y por la opinión pública y los periódicos de entonces. Pero lo cierto es que nadie encontró jamás detalle alguno que esclareciera los hechos. Y así han permanecido desde entonces en la oscuridad más absoluta… Supongo que usted no pretenderá ahora desenterrar ese pasado, tratando de saber qué ocurrió a bordo del *Sally Ann*, entre Jamaica y Trinidad. Si entonces no se pudo averiguar nada, imagine actualmente, después de casi cien años…

—Noventa y seis, para ser exactos —suspiró *sir* Josuah, moviendo la cabeza con aire reflexivo—. Noventa y seis años van a cumplirse este mismo año, de la tragedia en el Caribe. Son muchos años, lo sé. Pero me apasiona el pasado. Especialmente, aquello que no se puso nunca en claro. Y me pregunto si a veces no sería más fácil averiguar lo ocurrido cuando ha transcurrido tanto tiempo, que cuando el drama es muy reciente.

—Tonterías, amigo mío —resopló *sir* Humphrey con absoluto escepticismo—. Eso no hay quien lo admita. Después de todo, la Historia encierra sus enigmas. Y los historiadores pueden dedicarse

a especular sobre ellos. O a hacer teorías. Pero nada más. El enigma sigue ahí, sea la construcción de las Pirámides, sea el hombre de la Máscara de Hierro, sea el lúgubre visitante que encargó a Mozart su réquiem. Son misterios que persisten. Nadie los aclaró jamás. Ni nadie los aclarará en el futuro, por supuesto.

—A mí no me preocupan las Pirámides, ni el prisionero de la Bastilla, ni tampoco el funesto cliente de Mozart o el réquiem que éste escribió para su propia muerte. Es el mar el que me atrae. Por eso me seduce la idea de investigar la tragedia del *Sally Ann*.

—¿Por qué motivo ese hecho, en particular? —Su interlocutor puso gesto de extrañeza e incluso de un poco de fastidio—. A fin de cuentas, ha habido otros enigmas marítimos. Por no hablar del monstruo del Lago Ness, que resultaría más sencillo…

—Mi querido *sir* Humphrey, no se me ha perdido absolutamente nada en el Lago Ness ni en parte alguna de Escocia.

—¿Y en el Caribe, sí?

—Posiblemente —suspiró enigmáticamente *sir* Josuah, entornando los ojos—. En el Caribe y… en el *Sally Ann*, para ser más exactos.

—No lo entiendo…

—*Sir* Humphrey, usted no ha olvidado que mi nombre completo es Josuah Salters… Pero tal vez jamás supo que el capitán de ese buque, el *Sally Ann*, se llamaba precisamente… Benedict Salters. Y no era americano, como se dijo entonces, a causa de navegar el bergantín por cuenta de una naviera de Florida, bajo bandera americana en aquel momento.

—Benedict Salters… —Frunció *sir* Humphrey su ceño, sorprendido evidentemente—. ¿Pariente suyo, *sir* Josuah?

—Exacto. Un antepasado mío. Bisabuelo o cosa así, creo. Tengo que revisar mi árbol genealógico. Mi hija lo conoce mejor que yo. Es bibliotecaria, ¿recuerda? Maneja con mucha frecuencia los libros con blasones, escudos de armas y estirpes familiares… Pero con este grabado, bastará por el momento para mis propósitos. Supongo que un buen armador me sabrá diseñar unos perfectos planos de una réplica exacta del *Sally Ann*…

—Una réplica exacta… ¿de qué? —Casi gritó *sir* Humphrey, incorporándose con un respingo en su asiento confortable del salón, con lo que rompió las estrictas normas de severidad del club, y

provocó la mirada airada o escandalizada de algunos socios.

—Ha oído usted bien —sonrió *sir* Josuah—. Una réplica exacta del *Sally Ann*. Un duplicado fiel del bergantín goleta. Una vez tenga sus planos, la haré construir. Espero que en cuatro meses, pueda estar listo, si se dan prisa. Es cuando se cumple el año noventa y seis de la tragedia del Caribe…

—Pero…, pero ¿para qué todo eso de construir otro bergantín igual, y en ese período de tiempo?

—Para navegar, naturalmente.

—¿Navegar? —Abrió mucho sus ojos *sir* Humphrey.

—Eso es. Navegar. Hacer la misma ruta del *Sally Ann*. En suma, repetirlo todo. Como si no hubiera pasado casi un siglo, amigo mío…

* * *

—¿Repetirlo todo? ¿Estás segura, Daphne?

—Completamente, Alan. Papá me lo ha dicho. Y él no acostumbra a mentir o fantasear.

—Pero…, ¡pero eso no tiene sentido!

—Supongo que para él, sí —suspiró Daphne Salters, bibliotecaria del Centro de Estudios e Investigaciones Navales del Imperio Británico, moviendo su pelirroja cabecita con aire pensativo—. Ya sabes cómo es papá, Alan. Cuando se obstina con una idea, no para hasta llevarla adelante y llegar hasta el final.

—Sí, entiendo cómo es *sir* Josuah, pero… ¿por qué pensar en semejante cosa? No creo que conduzca a nada.

—Posiblemente no. Pero no sería feliz si no llevara, a cabo la empresa. Siempre le preocupó el destino de su antepasado. Le he visto estudiar muchas veces los oscuros informes que sobre la tragedia del *Sally Ann* existen.

Y ha escrito apuntes, ensayos completos, extendiéndose en teorías y deducciones que, inevitablemente, no le conducían a ninguna parte. De repente, encontró ese grabado en Chelsea. Y ahí ha comenzado todo.

—¿El grabado del *Sally Ann*?

—Sí. El más amplio y perfecto que se conoce. Editado en Londres en 1868, por Wilkins and Sons, Printers. Ha logrado levantar unos planos del bergantín goleta.

Y el navío está en período de construcción ahora, en los astilleros de una empresa de la que él es accionista.

—De modo que el asunto va totalmente en serio…

—Por completo. Papá tiene escogida ya la tripulación. Creo que todos sus componentes han firmado ya contrato para ese viaje.

—Eso no hubiera sucedido tan fácilmente hace noventa y tantos años —sonrió irónico Alan Conway.

—Es cierto. Los marineros, hoy en día, son menos supersticiosos, evidentemente.

—O no recuerdan al *Sally Ann* —apuntó Alan.

—Pudiera ser. —Daphne Salters frunció levemente su ceño—. Pero papá no engaña a nadie. ¿Sabes cuál es el nombre que ha puesto al barco? *Sally Ann* II.

—Verdaderamente, no se puede llamar nadie a engaño. —Alan se frotó el mentón, estudiando con aire ausente las paredes de la biblioteca, repletas de volúmenes en sus estanterías, hasta la bóveda misma de la gran sala donde ambos conversaban ahora en solitario, una vez cerrada la admisión de lectores. Luego, tras una pausa, añadió con tono preocupado—: De todos modos, ¿qué espera lograr tu padre con todo ese enorme gasto y molestias? El mar no va a darle ahora su respuesta, a los casi cien años de ocurrir aquello…

—Lo sé. Y creo que él lo sabe también. Pero quizá confíe en un extraño milagro. O solamente pretende investigar por su cuenta las posibles razones para ocurrir lo que ocurrió… justamente sobre el terreno, pudiéramos decir, aunque en esta ocasión sea sobre las aguas del Caribe.

—¿Y vas a acompañarle en esa travesía?

—Me lo ha pedido repetidas veces. Dispongo de un mes de vacaciones por entonces. No podía negarme, Alan.

—Oh, eso es terrible. ¿Qué haré durante un largo mes en Londres, sin verte?

—Lo siento de veras, Alan. Creo que me comprenderás.

—No del todo. —Alan Conway paseó por el salón, con gesto ceñudo—. ¿Serás la única mujer a bordo en ese pequeño barco de vela?

—No, no la única. Si has leído la historia del *Sally Ann,* sabrás que salió de puerto con trece personas a bordo.

—Trece… —Alan rió entre dientes—. ¿Cómo se les ocurrió

semejante cosa?

—No seas tonto. Hubiera ocurrido igual, con doce o con catorce. Es evidente que los tripulantes del bergantín no eran supersticiosos. O tuvieron que aceptar el capricho de su capitán, el mayor Salters, mi antepasado. Lo cierto es que papá contrató igual número de tripulantes que hubo entonces: seis. Por tanto, puede poner siete pasajeros, incluyéndose él. Conmigo, restan cinco. Uno de ellos es otra mujer.

—¿Quién?

—Una actriz de cine.

—¿Qué? —se asombró Alan, pestañeando.

—Como lo oyes. Una famosa actriz de televisión. Parece que esto puede darle popularidad. Y además, trabaja para la Independent Artist Broadcasting. Papá también es accionista de esa sociedad. Por tanto, es mutua conveniencia que forme parte del pasaje, si así lo desea ella. Y ya lo creo que lo desea.

—Un mes en alta mar, a bordo de un viejo barco de velas, no creo que sea tan divertido como ella imagina.

—Seguro que no, Serán solamente veinte días, de todos modos. El resto se invertirá en conducir el *Sally Ann* II desde Inglaterra hasta Kingston, que fue donde se inició el viaje fatídico, rumbo a Port of Spain, en Trinidad. La famosa estrella de la TV es nada menos, que Diana Darrin.

—¡Diana Darrin! —Silbó entre dientes Alan—. Casi le dan a uno tentaciones de inscribirse en el viaje, después de haberla visto el *strip-tease* de la semana pasada en el programa musical…

—Muy gracioso. —Daphne le miró con un destello irónico en sus ojos pardos—. Si lo deseas de verdad, puedo decirle a papá que te inscriba en el viaje. Un periodista a bordo, puede ser el complemento publicitario que la bella rubia requiere…

—No, gracias. Hablaba en broma. Pero eso me hace suponer que aún no habéis completado la tripulación.

—No creo que esté completa. Somos papá, Diana y yo, y creo que últimamente se ha ofrecido para viajar con nosotros una cuarta persona, con lo cual aún quedarán tres vacantes, para la singladura del *Sally Ann* II. Esa cuarta persona es algo extraña, si he de decirte la verdad.

—¿Extraña? ¿En qué sentido? —Se intrigó Alan, enarcando las

cejas.

—No sabría decírtelo concretamente. Su personalidad ya es rara, de por sí. Y su apariencia resulta inquietante…

—¿De quién se trata?

—De un hombre singular, sin duda alguna. Y a quien papá conoce muy poco, por no decir nada.

—Entonces, ¿por qué lo admite como pasajero en e] bergantín?

—Porque es un especialista en varias cosas que interesan sobremanera en este viaje. Primeramente, es fotógrafo especializado y cineasta *amateur*. Lleva consigo una serie de cámaras y máquinas para obtener un amplio reportaje gráfico y filmado de toda la travesía y sus principales incidencias, con la particularidad de que también es submarinista y filma en las profundidades.

—¿Busca algo tu padre en las profundidades? —inquirió curiosamente Alan.

—Es curioso. —Daphne le miró con repentino sobresalto—. Eso mismo le pregunté yo cuando me informó de la presencia de ese viajero a bordo. Me contestó que era posible que, al seguir la ruta marcada por el libro de a bordo del *Sally Ann*, en algún lugar del fondo del Caribe fuera preciso investigar algo, para confirmar lo ocurrido entonces. No explicó más pero, sea como fuere, esa faceta de nuestro viajero le interesó muchísimo. Y, por si eso fuera poco, el tal personaje tiene aún una especialidad más.

—¿Todavía? —bromeó Alan Conway, con tono divertido.

—Todavía, sí. Es profesor.

—¿Profesor?

—En Ciencias Ocultas.

—¡Cielos, no! —Casi se echó a reír el joven Conway.

—Como lo oyes. —Daphne sonreía ampliamente, pero en el fondo de sus ojos había un leve brillo, como de inquietud—. Es profesor por el Instituto de Investigaciones Parapsicológicas y Ocultismo.

—¿También eso puede ser útil en el viaje?

—Papá asegura que cuando un hecho no tiene clara explicación natural, ¿por qué no ha de tener una sobrenatural?

—Entiendo. El cree que puede haber fantasmas en el asunto del *Sally Ann*…

—Dicho así, suena ridículo, Alan. Pero papá no es un

supersticioso ni un creyente en cosas del otro mundo. A pesar de lo cual, admite que podría existir una posibilidad de que existiera otra explicación para las cosas, que no se encuentre en la lógica ni en la razón. Él no niega ni afirma nada sobre las fuerzas ocultas, el Más Allá o cualquier otra circunstancia desconocida del Hombre.

—Evidentemente, será un viajero divertido. Os hará una película, cientos de fotografías, le veréis sumergirse en el mar… y hasta es posible que organice alguna sesión de espiritismo a bordo. Mejor, imposible.

—No te burles, Alan. El profesor Guthrie, que ése es su nombre, ha afirmado que los espíritus del *Sally Ann* vagan aún por los mares, sin encontrar descanso, tras el horror desencadenado a bordo hace un siglo. De modo que, a pesar de tus bromas, es posible que los invoque durante la travesía, si cree de verdad en ello.

—Lo dicho: un viaje fascinante. ¿Y no hay ningún otro viajero más?

—Por el momento… no. Quedan tres plazas vacantes. Papá ha puesto un anuncio en el Times a toda persona interesada. Pero sólo elegirá a aquellas tres que realmente le satisfagan y crea él que pueden contribuir al buen éxito de su singladura.

—¿Y en qué se basará para tal elección? —indagó Alan, muy intrigado.

—Eso… ni siquiera a mí me lo ha dicho —suspiró Daphne Salters, bajando la cabeza.

CAPÍTULO II

—De modo que usted quiere viajar en este navío…

—Sí, *sir* Josuah. Deseo fervorosamente hacerlo.

—Me sorprende —el aristócrata se frotó el mentón, tras estudiar los antecedentes que su visitante exponía en el obligado impreso que debía rellenar antes de pasar a presencia del mecenas de aquella singular expedición al Caribe—. Me sorprende mucho, tras saber lo que usted informa aquí…

—Sin embargo, no debería sorprenderle, señor.

—¿Por qué no? —Ahora se dedicaba a estudiar las facciones enjutas, cetrinas y como cinceladas en cobre, de su interlocutor. Desde las hundidas sienes a los prominentes pómulos y mandíbulas, pasando por el frío oscuro de sus pequeños ojos huidizos. Vestía modesta pero pulcramente. Parecía nervioso por alguna razón.

—Porque el ser humano debe admitir dos cosas: o vivir siempre acomplejado, temeroso de algo, hasta enfermar… o enfrentarse de nuevo a lo que traumatizó su existencia, y así tratar de romper todo complejo.

—O aumentarlo si cabe, con una nueva experiencia desagradable, señor Cortland —avisó serenamente *sir* Josuah Salters.

—Entra en lo posible —admitió sombríamente él—. He naufragado una vez. ¿Por qué no podría existir una segunda?

—Su naufragio dice usted que le afectó hasta el extremo de cambiar su carácter, arruinar su matrimonio y convertirle en un hombre huraño y solitario, ¿es cierto?

—Muy cierto, *sir* Josuah. Así soy yo ahora. Y seguiré siéndolo si…

—Si… ¿qué?

—Si no afronto el peligro, si no rompo con mis terrores y corro

el riesgo de naufragar de nuevo, de verme en peligro en el mar, de sentir la muerte cerca de mí, como la sentí todos aquellos días en que floté, solo, rodeado de cadáveres, en una balsa a merced del océano, hasta que fui rescatado por un pesquero.

—Usted naufragó en un barco moderno, a motor, lleno de seguridades. Le advierto que un antiguo bergantín, aunque sea reconstruido en nuestros días, no habrá tanta seguridad, ni mucho menos. La única diferencia con los primitivos veleros, serán algunas comodidades a bordo, para hacer menos dura la vida de pasajeros y tripulantes, pero eso es todo. En cuanto a garantías de seguridad, las habrá, pero sólo en la medida que es previsible en un barco de ese tipo, señor Cortland.

—No me importa. Por ello mismo elijo esta clase de travesía. Quiero curar mi terror al mar, mi pánico a una tempestad, a un naufragio, a cualquier cosa que me recuerda el pasado. Deseo volver a ser quien fui, no el fantasma amedrentado en que me convertí.

—Muy bien, señor Cortland. Usted puede ser un problema a bordo, lo admito. Pero un problema digno de estudio. Y no podría, en conciencia, negarle lo que me pide. Si ya conoció una vez la proximidad de la muerte en el mar, a bordo del…, del Hispania, tiene derecho a luchar contra su trauma y vencerlo. Por mi parte, tendrá la ayuda que precisa, lo demás, dependerá ya de usted. Y de su subconsciente, por supuesto.

—Gracias, señor —dijo con voz apagada Shelby Cortland, su visitante—. No olvidaré nunca lo que hace ahora por mí, se lo prometo.

* * *

—Mi querido *sir* Josuah, está usted rematadamente loco por aceptar a semejante hombre a bordo.

—¿Se refiere a Shelby Cortland, el náufrago superviviente? —Pestañeó *sir* Josuah Salters, sorprendido por el énfasis en el tono de su compañero de club.

—¡No, no! —Golpeó con impaciencia *sir* Humphrey en el suelo con su bastón lacado—. ¡Me refiero a…, al reverendo Jonathan Wade, por todos los diablos!

—Oh, el reverendo Wade… —asintió despacio *sir* Josuah, con

una sonrisa—. Entiendo. No recordaba haberle hablado de él, cuando llegué. Es cierto que acaba de ser admitido en el pasaje del *Sally Ann* II, pero ¿por qué ese criterio? ¿No se lleva usted bien con los ministros del Señor?

—No es eso, maldita sea —refunfuñó *sir* Humphrey Harding con disgusto, meneando su canosa cabeza de viejo león—. Es… precisamente ese cura, el reverendo Wade…

—¿Qué tiene él que no tengan los demás? Es joven, fuerte, inteligente, decidido…

—¡Y fanático!

—¿Fanático?

—Del diablo. De Satanás. Lo ve por todas partes. Dice que está en cada persona y en cada cosa de nuestros días… Asegura que todos vivimos endemoniados, pero que el diablo es lo bastante astuto para ocultarse, para reírse siempre de los humanos, manejándolos como monigotes… ¿Usted lo entiende? Habla más de Lucifer que de Dios. Es como una obsesión para él.

—Sí, lo sé —suspiró *sir* Josuah apaciblemente.

—¿Lo sabe? ¿Y aun así… lo mete a bordo, para que se pase el viaje invocando a las fuerzas infernales cada vez que les suceda algo fuera de lo previsto? Hará conjuros en cubierta, tratará de exorcizar a la tripulación… Es un fanático, no un religioso, créame. No puede hacer nada bueno a bordo.

—Él no piensa así, *sir* Humphrey…

—¿Qué diablos piensa él, para haberse enrolado en su barco?

—Ciertamente, busca al diablo. Cree que estuvo presente en la tragedia del *Sally Ann*. Y para evitar que se sienta tentado de volver a intervenir ahora, al creerse desafiado por mi proyecto, él irá a bordo, para defendernos del enemigo en todo momento. Y, de paso, para investigar cuál pudo ser la participación diabólica en aquel terrible suceso.

—Cielos, se lo dije. Les volverá locos. Les hará la vida imposible…

—No lo hará. A bordo, yo seré la máxima autoridad, como capitán. Y tendré un buen oficial, como piloto y segundo de a bordo, en Duncan Harris, a quien me ha sido posible contratar como primer oficial piloto, así como Ismael Goldman de contramaestre. Entre los tres, la disciplina a bordo será la adecuada,

no lo dude. Ni ese reverendo ni ninguna otra persona se saldrá de sus cauces permitibles, esté seguro.

—¿Cómo? —Pestañeó *sir* Humphrey, mirándole ahora con perplejidad—. ¿De veras ha logrado usted que un hombre como Ismael Goldman se embarque en semejante travesía?

—Eso es lo que dije, sí. Ya ha firmado su contrato y cobrado su anticipo. Espera en Dover a que emprendamos viaje a Florida, para desde allí conducir nuestro bergantín al puerto de Kingston, e iniciar así la aventura.

—Pero…, pero Ismael Goldman se había retirado de su oficio, ya no quería embarcar más, después de aquella travesía en que estuvo a punto de perecer, en un incendio en alta mar.

—Así me lo ha dicho. Pero él cree que este viaje es diferente.

—¿Diferente? ¿En qué sentido? Un bergantín goleta no es tan seguro como un transatlántico, por todos los diablos, amigo mío.

—Claro que no. Pero él afirma que pudo ser el destino el que le hizo leer el anuncio del Times. Y el que le ha hecho soñar con ese viaje, forzándole a embarcar en él.

—¿El destino? —Frunció el ceño el viejo aristócrata.

—Eso es. Es muy aficionado al mar en todos los sentidos. Y a su libros. Una de sus obras de lectura predilectas, es la obra de Melville, Moby Dick.

—¿Y qué demonios tiene eso que ver con su decisión de volver al mar?

—Muy sencillo: el primer párrafo de la obra de Herman Melville: «Llamadme Ismael, si queréis…». El piensa que es algo premonitorio en su vida. El *Sally Ann* II no es precisamente el «Pequod» del capitán Achab, ni vamos a la caza de la ballena, ni siquiera él piensa que yo, como capitán, pueda ser un blasfemo que desea enfrentarse a Dios y vencerle (*En Moby Dick, la obra maestra de Melville, el Pequod es el ballenero que capitanea el lisiado capitán Achab, y la novela se ha considerado como una obra cósmica, en la que la ballena blanca simboliza a Dios, tal y como los antiguos creían, y el nuevo Jonás de Melville se hace así blasfemo y soberbio, al pretender vengarse de Dios por su infortunio al mutilarle una ballena. De ahí el simbolismo bíblico y monumental de una obra hasta hace pocos años casi olvidada por público y crítica*), pero su nombre de pila y el hecho de que exista una oportunidad inesperada de navegar en un

inseguro velero en pleno siglo XX, le han convencido para solicitar la plaza. ¿Y qué otra cosa podía hacer yo que admitir a tan excelente marino, *sir* Humphrey?

—Sí, ciertamente. En eso, estamos de acuerdo, pero… —Meneó la cabeza de un lado a otro el aristócrata—. Pero la verdad, amigo mío, yo empezaría a sentir cierto temor por ese viaje…

—¿Temor? —Frunció el ceño *sir* Josuah—. ¿Por qué motivo?

—No sé… Llevará a bordo una extraña tripulación, la verdad. Un ocultista, un ex náufrago milagrosamente superviviente, un sacerdote fanatizado, un contramaestre que se siente profético… Menos mal que usted, su hija Daphne y esa hermosa actriz rubia de la televisión, la estupenda señorita Darrin, equilibrarán un poco la balanza, pero si yo fuese a bordo de su bergantín, *sir* Josuah… sentiría incluso miedo.

—Pues aún está a tiempo de inscribirse en la lista de pasajeros —sonrió *sir* Josuah Salters con ironía—. Nos falta un viajero. Uno solo.

—Dios me libre de semejante aventura —tronó el viejo aristócrata, pegando de nuevo en el suelo con su bastón, acto que fue acogido con un leve siseo por parte de los honorables y silenciosos miembros del club—. Mi hijo también me habló de ello, pero le envié al diablo con cajas destempladas.

—¿Peter? —Parpadeó *sir* Josuah—. Oh, él si podría ser un buen compañero de viaje. Ama la aventura, el riesgo, lo insólito…

—Ni lo sueñe. Desde su última cacería en Sudáfrica, anda un poco cansado de viajes. De todos modos, ya mencionó que sería hermoso viajar con ustedes. Creo que, sobre todo, por Daphne. Pero… No viajará. Al menos, no en el *Sally Ann* II. Creo que tiene previsto un viaje de placer a Estados Unidos, y eso es todo. Lo siento por usted. Tendrá que seguir buscando a su último pasajero…

—Una llamada para usted, *sir* Josuah —dijo el camarero del club, respetuosamente, trayendo el teléfono portátil hasta la mesa de ambos aristócratas. Conectó la clavija a la red, y tendió el auricular al mecenas del nuevo y fascinante viaje por el Caribe—. Es su hija…

—Oh, gracias —tomó el teléfono y habló unos pocos monosílabos con Daphne. Poco después, al colgar, sonrió a *sir* Humphrey y manifestó con simplicidad—: Bien, mi querido amigo:

ya no necesito esperar más. Tripulación y pasaje están completos.

—Vaya, le felicito… ¿Quién es el último pasajero? —refunfuñó *sir* Humphrey.

—Alan Conway, del Sunday —explicó el padre de Daphne—. Y no viene sólo como amigo de la familia, sino… como enviado especial de su periódico. Por eso se ha inscrito. Ya está completa la lista.

—Sí… La lista de *trece* personas, ¿no es verdad, *sir* Josuah?

—Exacto —sonrió él—. Eso me hace pensar que ninguno a bordo es demasiado supersticioso.

—O nadie se ha parado a contar viajeros y tripulantes —se encogió de hombros *sir* Humphrey—. Pero aparte de toda superstición… son ustedes trece. Y si de verdad existe la mala suerte…, ¿qué sucederá a bordo?

* * *

—El número trece… —sonrió Alan Conway, mientras el avión sobrevolaba las aguas del Atlántico, rumbo a Estados Unidos. Movió la cabeza de un lado a otro, con aire divertido—. ¿De veras te preocupa eso, Daphne?

—A mí, no. Pero hay mucha gente que lo menciona —suspiró la hija de *sir* Josuah, armador propietario del *Sally Ann* II, y capitán del mismo para la inminente singladura a iniciar por el Caribe, entre las islas de Jamaica y de Trinidad—. Supongo que no tiene sentido pensar en la buena o la mala suerte basándose en un simple número, pero… la superstición sobre el trece data de tantos años…

—Posiblemente desde la Ultima Cena —asintió Alan—. Trece fueron a la mesa entonces, y uno de ellos, Jesús de Galilea, encontró la muerte, no sin que Judas, su delator, le acompañase en el infortunio. La voz popular ha condenado desde entonces la presencia de trece personas, el número trece en cualquier aspecto que se presente… del mismo modo que se condena al gato negro, las tijeras abiertas o cualquier otra cosa. Por fortuna, ni tú ni yo, y menos aún tu padre, somos supersticiosos en absoluto.

—Pero los marineros lo son. Me preocupa lo que piense la tripulación. Ellos se darán cuenta en seguida del número de personas a bordo. Y ya sabes cómo piensa la gente de mar…

—No estamos ahora en el siglo pasado, Daphne. No tiene por

qué ocurrir nada.

—Lo sé —ella dejó vagar su mirada a través de la ventanilla, sobre las nubecillas blancas que se disolvían sobre el azul del océano—. Sin embargo, a veces noto cierta inquietud…

—¿Inquietud? ¿En qué sentido?

—No lo entiendo bien. Quizá sea por lo que *sir* Humphrey le dijo a papá. O por la personalidad de dos de nuestros compañeros de viaje…

—¿Quiénes, Daphne?

—Shelby Cortland, ese hombre que ya naufragó una vez y siente no sé qué morbosa atracción por correr el riesgo de nuevo, alegando combatir su trauma… Y luego, está el reverendo Jonathan Wade… Es un clérigo extraño. Siempre lanzando anatemas, viendo al diablo en todo… Y ahora, buscándolo en el mar, culpándole de la tragedia del *Sally Ann*…

—Sí, debo admitir que son dos curiosos personajes los que eligió tu padre. Unidos al profesor en Ciencias Ocultas, constituyen un grupo fascinante. Y quizá, como tú dices, algo inquietante. Espero que equilibremos la cosa entre tú, Diana Darrin y yo.

—Ojalá sea así —rió Daphne, de buen humor—. Especialmente, Diana Darrin se encargará de provocar los anatemas del reverendo Wade. Cuando la vea por cubierta medio desnuda, es posible que encuentre al diablo en las curvas de esa muchacha.

—Si es así, habrá que admitir que el diablo resulta muy atractivo —ponderó Alan, risueño—. Y ello echará a rodar la política religiosa del reverendo… al menos entre los tripulantes de nuestro sexo.

—Sois todos iguales. Ya estás pensando en esa rubia, ¿no es cierto?

—Bueno, prefiero pensar en ella que en vuestro profesor en ocultismo —soltó Alan una carcajada—. Mis lectores quizá se preocupen más por las caderas o los senos de Diana Darrin, que por las invocaciones espiritistas del profesor Guthrie, las condenas fanáticas del reverendo Wade o los complejos del ex náufrago Cortland…

El avión continuaba su vuelo sin incidencias, en dirección a Miami. Ya días antes, el *Sally Ann* II había partido de los astilleros británicos, remolcado por un poderoso barco de motores «Diésel»,

para cruzar el Atlántico y esperar en Kingston el momento de hacerse realmente a la mar, entregado a sus propios medios, sin ayuda de la moderna mecánica.

Ya eran pocos, muy pocos, los días que faltaban para iniciarse el viaje por el Caribe. Terminaba el verano en el Continente americano, aunque era de esperar que el tiempo no resultara demasiado adverso en las cálidas aguas del Caribe. Noventa y seis años antes, habían pensado lo mismo el capitán Benedict Salters y su tripulación, al partir de Jamaica hacia Puerto España, Trinidad, con una carga de bebidas y de especias. Y, sin embargo, nunca llegó a puerto.

Alan Conway no dejaba de pensar en ello mientras el reactor de la British Airways les conducía a Florida, en vísperas de la singular experiencia de *sir* Josuah Salters.

Y recordaba, inevitablemente, el extraño final del *Sally Ann*, en 1879…

Un final del que sólo se sabía lo que encontró la corbeta General Hudson, al localizar al bergantín goleta sin rumbo en alta mar, con sus velas desplegadas… y un cargamento humano de cadáveres a bordo.

Cadáveres que eran sólo esqueletos cubiertos de ropas intactas, como si nada les hubiera sucedido, como si ninguna violencia hubiera tenido lugar a bordo. Esqueletos intactos, en las más variadas posturas y lugares del barco, con sus vacías cuencas mirando sin ver a un cielo terso, sin nubes y sin brisas. A bordo, todo aparecía normal, en orden. Había agua abundante, víveres intactos, sin señal alguna de enfermedad o infección a bordo, como si la muerte hubiera llegado por arte de pura magia.

Ni una explicación del drama. Ni un detalle en el diario de a bordo. El cuaderno de bitácora nada decía. El último informe había sido escrito por Benedict Salters diez días antes de que fuese hallado el bergantín. Muy poco tiempo para que unos cadáveres pudieran convertirse en esqueletos descarnados.

Y sin embargo…

Sin embargo, nada anormal se leía en el libro de a bordo. Ni una mención a dolencia alguna, a peligro de contagio mortal, ni tan siquiera alusión a detalle alarmante alguno. Nada de nada.

Pese a lo cual, doce cadáveres, doce esqueletos humanos, eran

toda la tripulación del *Sally Ann*, perdido en la calma chicha del Caribe. Doce. Faltaba el decimotercer viajero. No se supo quién podía ser, porque las ropas no bastaron a identificar a los difuntos. Lo cierto es que tampoco faltaba nada a bordo, excepto una lancha salvavidas, la segunda de estribor.

¿Escapó el decimotercer pasajero con esa lancha? Si era así, ¿dónde estaba ahora? Ningún navío avistó al posible superviviente. Nadie del *Sally Ann* tomó tierra en parte alguna. No se encontraron tampoco restos de naufragio del bote ausente.

El misterio terminaba ahí, justamente donde empezaba.

Y misterio siguió siendo durante un siglo. ¿Podría desvelarse ahora, simplemente con seguir la misma ruta señalada por Benedict Salters en la carta de navegación?

Alan Conway lo dudaba mucho.

—Un radiograma urgente, señorita Salters —oyó de pronto la voz respetuosa de una azafata, que llegaba, inclinándose hacia la hija del aristócrata inglés—. Acaba de ser recibido a bordo, procedente de Kingston…

Sorprendida, Daphne levantó la cabeza y tomó el mensaje doblado que le entregaba la azafata. Su mirada reveló desorientación.

—¿De Kingston? —repitió—. No sabía que hubiera llegado allí ninguno de nosotros… Es demasiado pronto para eso…

Abrió la hoja de papel. Leyó el radiograma. Lanzó una exclamación de asombro, Alan, sorprendido ahora él, descubrió de pronto una rara palidez en el rostro de la joven. Sus ojos tenían un repentino brillo excitado.

—¿Ocurre algo? —preguntó Alan, sobresaltado, inclinándose hacia ella.

—Lee esto, Alan, por favor —pidió ella—. No sé si es una broma o no, pero sea lo que fuere, no tiene ninguna gracia, ¿no te parece?

Conway tomó el radiograma. Lo leyó, dominando su estupor:

«Aún está a tiempo de quedarse en tierra. No embarque. Ninguno debe hacerlo. La historia se repite a veces. No desafíen a aquello que desconocen. ¿O quieren convertirse todos en una tripulación de esqueletos?».

CAPÍTULO III

—Esqueletos…

—Sí, Daphne, hija mía. Esqueletos. Debe tratarse de una broma macabra, de mal gusto… Eso es evidente. ¿No le parece, Alan?

Conway no contestó en seguida. Estaba examinando la ristra de pequeños esqueletos de hueso, colgados todos ellos de una pequeña cadena de hierro, como si estuvieran atados a ella en ronda siniestra. Era un simple juguete, pero resultaba inquietante, visto allí, sobre la mesa del hotel, junto al papel que le sirviera de envoltorio, y en cuyas señas se leía el nombre de *sir* Josuah, como destinatario, en el hotel Miami Palace. Y un escalofriante remitente: «Bergantín goleta *Sally Ann*. 1879. Mar Caribe».

—Fue depositada en una oficina de reparto de paquetes y mensajes, en Miami mismo —señaló Alan extrañado—. El mensaje de su hija llegó de Kingston. Pudieron ser remitentes distintos. O una misma persona. El vuelo Miami-Kingston no lleva mucho tiempo, después de todo…

—Todo eso carece de sentido —comentó *sir* Josuah, con un gesto despreocupado—. Nadie puede tener interés en asustamos.

—¿Y en impedir el viaje del *Sally Ann* II? —apuntó vivamente Alan.

—¡Qué tontería! ¿Por qué habrían de hacerlo? Vamos a hacer una simple travesía del Caribe, como cualquier otro barco. Acabamos de construir un velero. ¿Eso significa algo?

—Para alguien, evidentemente sí —afirmó Alan, ceñudo—. Y estoy de acuerdo en algo con usted, *sir* Josuah: no tiene ningún sentido todo esto. Al menos, en apariencia.

—Será preciso mantener esto oculto. Nada de denuncias, papá —intervino de pronto Daphne, que permanecía callada—. En caso contrario, la publicidad sería totalmente negativa. Para los

tripulantes, por supuesto. Podría ocurrir que los seis hombres se echaran atrás. Eso sería funesto para el logro de tus deseos, papá.

—Estás en lo cierto, Daphne. Si Duncan Harris o Ismael Goldman renuncian, todo se vendría abajo. Y eso, además, provocaría la retirada de los cuatro marineros, uno de los cuales, Neil Baker, será además nuestro mayordomo y cocinero. Alan, ¿va usted a publicar esto en el Sunday?

—Es mi obligación. Estoy aquí como periodista. —Conway meneó la cabeza—. Pero Daphne tiene razón. Dar publicidad a este hecho, sería negativo por completo para usted y su proyecto. No, no publicaré nada por ahora… hasta que estemos en alta mar, cuando menos.

—Gracias, muchacho —en los ojos de *sir* Josuah brilló la gratitud—. Le garantizo todo el material informativo posible. A bordo no tendremos radio ni medios de comunicación, porque eso alteraría el espíritu de mi plan. Pero puede depositar su información en tierra, justo al partir de Kingston. Eso permitirá que se publique en Londres, y se lea cuando ya nuestros marineros no puedan conocerlo.

—De todos modos, recuerde que haremos escala en Curasao e Isla Margarita. Y allí podrían desertar sus hombres, si llegan a saber algo…

—Curasao… Isla Margarita… —resopló el aristócrata, con gesto grave—. Dios mío, si llegamos ahí sin novedad alguna, todo habrá ido bien. Recuerde, Conway, que el *Sally Ann* apareció a 72 grados de longitud Oeste, y catorce de latitud Norte. Es decir, a la altura aproximada de Maracaibo, pero mar muy adentro…

—Un momento, *sir* Josuah. —Alan le miró con viveza, haciendo muy rápida su pregunta—. Eso me hace pensar que usted piensa que podría suceder algo… antes de llegar a ese mismo punto…, como si las cosas pudieran repetirse al cabo de un siglo. ¿Estoy en lo cierto?

Curiosa, Daphne miraba a su padre, como sorprendida por la pregunta de Alan, y esperando una respuesta a una interrogante que, tal vez, ella misma acababa de hacerse, ante las palabras de *sir* Josuah.

Éste paseó unos momentos por la habitación del lujoso hotel de Miami Beach, como si tuviese que madurar previamente una

respuesta coherente. Su gesto revelaba preocupación. Por un momento, puso sus dedos en la ronda de esqueletos encadenados —trece esqueletos, exactamente—, que recibiera poco antes de misteriosa forma, en un paquete de agencia. Y acabó por hablar sombríamente:

—Al principio, mi búsqueda era puramente romántica. Ahora… no sé. He empezado a pensar en cosas extrañas… He llegado a tener el presentimiento de que…, de que podía suceder lo más increíble. De que estoy retando al destino, a fuerzas desconocidas que pueden desencadenarse de repente y hacer que ocurra lo inesperado, lo insólito…

—Me asombra usted, *sir* Josuah —confesó Alan—. Le creí mucho más práctico, menos impresionable…

—Sí, papá. Alan tiene razón —se alarmó Daphne—. ¿Qué te ocurre? ¿Ha sido…, ha sido ese horrible paquete el que te ha hecho pensar así?

—No, Daphne. No ha sido ese paquete. Los esqueletos sólo me han hecho preguntarme si, en realidad, no estoy yendo demasiado lejos…, y hay algo en lo que no me he parado a pensar antes de iniciar esta aventura.

—¿Algo como qué, señor? —se interesó Conway, con gesto serio.

—Como…, como inexplicable… fuera de la razón y de la lógica…

—¿Algo sobrenatural, quiere decir? —puntualizó Alan.

—Quizá. Me resisto a utilizar esa palabra. Pero me temo que el profesor Guthrie sí la utilice… apenas sepa lo que sucede aquí en tierra.

—El profesor trata en esos temas, papá. Tú no puedes pensar igual, aunque algún chusco haya pensado en asustarnos con mensajes y envíos macabros…

—Ya digo que no afirmo nada, hija. Pero siempre fue demasiado oscuro lo sucedido a bordo de aquel buque. Hubo quienes afirmaron que ninguna versión razonable justificaría los hechos acaecidos. Nadie puede quedar convertido en un esqueleto en sólo diez días tras su muerte. Y menos aún estando en alta mar, a bordo de un barco, a menos que lo devoren las ratas.

—Eso pudo suceder en el *Sally Ann*…

—No, Conway. Imposible. Las ratas también mordisquean las

ropas. Y las telas estaban intactas sobre los cadáveres descarnados… No. Las ratas no salieron a cubierta. Les sobraban alimentos en la bodega y por doquier. Se hallaron unos sacos de viandas destrozados. Eso era todo. De modo que, ¿qué poder extraño pudo despojar de toda carne a los difuntos? ¿Qué sucedió exactamente a bordo?

—La pregunta dura casi cien años. Y no hay contestación, *sir* Josuah. Pero vale más no buscarla en lo desconocido… por ahora. Mientras exista una posibilidad material, tratemos de olvidar el Más Allá. Porque fuera lo que fuese lo sucedido… el envío de esos esqueletos y ese radiograma, no tienen nada de sobrenatural.

—Entonces, ¿qué está ocurriendo? —se excitó *sir* Josuah.

—Eso, señor…, no lo sé —suspiró Alan Conway—. Y le confieso que me gustaría saberlo antes de emprender el viaje…, si es que realmente se decide usted a levar anclas.

—¿Cómo? ¿Duda en mi decisión, Alan? ¡Saldremos de Kingston dentro de diez días, por encima de todo!

Sir Josuah cumplió su palabra.

El *Sally Ann* II partió de Kingston, Jamaica, en la fecha indicada, justamente noventa y seis años después de que su antecesor, el navío original, saliera de igual puerto en idéntica singladura. A pesar de todo, como dijera su armador, propietario y capitán.

Incluso a pesar de la muerte del sexto marinero de su tripulación, Budd Nelson, misteriosamente decapitado en un suburbio de Kingston, la víspera de la partida.

Otro marinero, Ian Simpson, de origen escocés, ocupó su puesto, tras algunas diligencias entre el personal disponible en los muelles. No pareció impresionado por el hecho de ocupar el puesto de un camarada muerto extrañamente. A fin de cuentas, no era el siglo XIX.

Pero *sir* Josuah sí pensaba en la trágica desaparición de Budd Nelson. Y Daphne. Y Alan Conway. Todos ellos recordaban el radiograma, los esqueletos…

Y se preguntaban, inquietos, por qué una mano desconocida separó la cabeza del tronco de un tajo brutal, en una callejuela de los suburbios marineros de Kingston, justo la víspera de levar anclas el *Sally Ann* II.

Al alejarse del muelle jamaicano, todo parecía normal en el

moderno velero reconstruido fielmente a la usanza del pasado siglo. Su mascarón de proa era diferente del original y estaba, conforme a las normas, bajo el bauprés. Era la misma efigie de la misteriosa *Sally Ann*, la dama del mascarón anómalo del buque original.

Todo normal a bordo. Y, sin embargo, ya alguien comentaba, erguido en cubierta, cerca del castillo de proa:

—Este viaje empieza mal. Empieza con sangre… y con sangre terminará. Está escrito. Es el destino. La muerte viaja con nosotros, lo presiento. Está aquí, agazapada en alguna parte, entre estas maderas… Esperando su momento.

El que hablaba era Malcolm Guthrie, profesor en Ciencias Ocultas. No lejos de él, la voz solemne del reverendo Jonathan Wade rectificó, alzando al cielo sus brazos extendidos, en una mano su Biblia:

—No es la muerte, profesor, quien nos acompaña en este viaje y se cobró ya en tierra su primera víctima… ¡Es el diablo mismo quien ocupa el número decimocuarto de la tripulación del *Sally Ann* II!

Fuese la muerte o el diablo, no tardaría en dar pruebas evidentes de la presencia de algo maligno y terrible a bordo del bergantín goleta…

* * *

Los primeros sucesos extraños comenzaron a hacer su aparición a bordo el tercer día de travesía.

Hasta entonces, todo había sido tranquilo y apacible. Los pasajeros hacían sus comidas en el castillo de popa, en un comedor de ovalada mesa, rodeado por las vidrieras que asomaban unas al mar, y otras al puente de mando y la cubierta del bergantín. Eran vidrieras de colores, translúcidas, bellamente montadas, como en el navío original. La comida resultaba excelente. Neil Baker, el pelirrojo y fornido marino, a la vez cocinero y mayordomo a bordo, demostraba ser un artista culinario de primera fila. Sabía dar variedad a la carne en conserva, al pescado y a las legumbres y hortalizas conservadas a bordo. Hasta el momento, solamente los alimentos viajaban en mejores condiciones que en los tiempos del auténtico *Sally Ann*. Un frigorífico era la licencia que *sir* Josuah se había tomado, para velar por la salubridad a bordo, algo realmente

fundamental, y con lo que no cabían experimentos más o menos audaces.

Todos le agradecían claramente al propietario y capitán tal idea. Alan Conway estaba bien seguro de que a nadie le hubiera gustado comer viandas en mal estado, carnes fermentadas o quesos agrios. En cambio, los guisos y la fantasía de Baker en la cocina, eran dignos de elogio por parte de todos, sin excepción. Y los marinos, que no tenían por qué correr tampoco riesgos experimentales —ya tenían suficiente con cuidar de las velas y de, las gavias, palos y toda clase de elementos propios de un velero, en los tiempos actuales—, también aceptaban entusiasmados la comida espléndidamente elaborada por su compañero.

El sol era radiante, soplaba una brisa nor-nordeste que hinchaba el velamen del *Sally Ann* II, y todo parecía presagiar, contra los pronósticos agoreros del reverendo Wade y los temores del profesor Malcolm Guthrie, una travesía feliz, tranquila y sin problemas, hasta Port of Spain, en Trinidad.

Pero eso era solamente el principio.

Y al tercer día, llegó el primero de los incidentes que iban a marcar la escalada hacia el terror y la muerte, a bordo del bergantín goleta que navegaba majestuosamente, ondeando la enseña británica en su popa.

Fue al caer la tarde, precisamente cuando unos densos nubarrones oscuros se acumulaban hacia el este, y el viento se había hecho más fuerte y racheado. *Sir* Josuah acababa de comentar en el puente de mando, hablando con Alan Conway y con Shelby Cortland:

—Me temo que alguna borrasca de las Azores se viene hacia nosotros. Si es débil, pasará sin problemas. Pero si trae temporal, va a resultar bastante duro…

Cortland asintió, ceñudo, mirando al celaje sombrío, mientras las sombras del atardecer convertían el azul del mar en un juego de tonalidades azul cobalto. En la proa brillaron ya dos fanales, colgados por el contramaestre Ismael. Él maderamen crujía bajo sus pies, a impulsos de su avance sobre las olas, hinchado su velamen por la fuerza del viento.

El grito les sobrecogió a todos, quizá porque no lo esperaban. Pero quizá, también, por su agudo tono estremecedor, que hablaba

de angustia, de pánico acaso.

Era un grito de mujer, que conmocionó toda la nave. Y procedía de algún punto en la cubierta…

Alan Conway buscó inmediatamente con la mirada a Daphne Salters. La descubrió saliendo en esos momentos del castillo de popa, con un libro de mapas en su mano, siguiendo sin duda la ruta del bergantín. La joven, sorprendida, se detuvo en el umbral, buscando el motivo de aquel grito femenino, con ojos dilatados y cierta inquietud en su gesto.

—¡Diana Darrin! —Gritó *sir* Josuah—. ¡Debe ser ella!

Alan estaba totalmente de acuerdo con esa afirmación. Había saltado ya, escaleras abajo, hacia la larga cubierta del bergantín. Eran treinta metros de eslora, confundidos entre cordajes, escalas y los dos altos palos del velamen. Pero el grito había llegado de la cubierta, Alan estaba seguro.

Encontró a Diana Darrin mortalmente pálida, aferrada al palo de trinquete, contemplando demudada la borda del navío, como si por ella hubiese aparecido un terrible monstruo marino. Alan miró en esa dirección, sin descubrir cosa alguna. La rubia actriz de la televisión británica, estaba sola en la cubierta, bajo las desplegadas velas rastreras, el velacho bajo y la amplia vela del trinquete. Sus ojos aparecían muy abiertos. El gesto era de terror.

—Señorita Darrin… —Se acercó Alan a la joven, observando que su carne temblaba, desnuda en pantorrillas y muslos, así como en su estómago y abundante parte de sus senos, a causa de su breve *short*, su blusa anudada bajo los pechos y el profundo escote de ésta—. ¿Qué le ocurre? ¿Por qué ha gritado? ¿Se encuentra mal?

—No, no, Dios mío… —sollozó ella—. Era esa…, esa cara horrible…

—¿Una cara? —Conway, asombrado, recorrió el lugar en torno, sin ver otra cosa que velamen, cordajes, escalas y respiraderos del interior del navío—. ¿Dónde, señorita Darrin? No veo a nadie…

—Ahí… *Ahí*… —señaló ella con dedo tembloroso—. ¡Fue… espantoso!

Conway giró la cabeza, asombrado. Miró a donde ella señalaba. A la borda. Al oscuro cielo nublado. Al mar. A ninguna parte, quizá.

Sacudió la cabeza Alan, dando unos pasos sobre la cubierta.

—Lo siento, señorita —dijo—. No veo nada. Tal vez imaginó ver

algo. La luz de la tarde y algún reflejo, no hay duda…

—¡No, no es cierto! ¡Lo vi! ¡Vi ese rostro tan claramente como le veo a usted! —chilló ella histéricamente, precipitándose hacia él y envolviéndole en un abrazo que aplastó su prominente busto contra el pecho de él. Notó su piel fría y estremecida, en contacto con la suya propia. El brazo de la actriz se alzó. Su mano temblaba al señalar más allá de la borda—. ¡Fue en el mar! ¡*En las aguas*, Conway! ¡Era un horrendo rostro descarnado, medio comida su carne y su piel, hasta vérsele parte del hueso de su calavera…! ¡Sonreía malignamente, mirándome con ojos sanguinolentos! ¡Flotaba entre dos aguas, lo juro! ¡Lo juro, Conway, por el amor de Dios! ¡Debe creerme!

Y se aferraba a él, con nerviosa exaltación, impidiéndole incluso moverse. Su terror era demasiado grande para ser fingido o motivado por algo que ella creyera inexistente. Si era una buena actriz y quería representar un papel, quizá le engañara. Pero Alan no lo creía.

—Eso no es posible. Pero veamos, de todos modos… Me asomaré a la borda… —dijo Conway, con serenidad.

—No, no… —jadeó ella ahogadamente—. ¡No lo haga, por Dios! ¡No quiero verlo otra vez!

—No lo verá, estoy seguro. Y si estuviese ahí, yo le ajustaría las cuentas, por muy descarnado que estuviese —sonrió Alan, tratando de darle ánimos. Y le costó mucho, llevando casi a rastras a la rubia actriz, que no se separaba de él ni un ápice, estrujándole contra su exuberancia física.

Miró a las aguas, que ya eran grisáceas, casi negruzcas. Ella cerraba sus ojos fuertemente. Notaba la palpitación violenta de su corazón, a través de la protuberancia opulenta de su pecho izquierdo. El terror la dominaba.

Los ojos de Alan no descubrieron nada. Absolutamente nada, salvo agua, espuma levemente fosforescente a la incierta claridad del anochecer, y el reflejo de los fanales de proa, y el que a popa habíase encendido ya, con mayor fuerza. Luces de aceite y de petróleo, como en los viejos tiempos. En eso sí era fiel *sir* Josuah al pasado.

—No hay nada. Ni nadie, señorita Darrin —suspiró Alan con calma—. Mírelo usted misma. Compruébelo de una vez por todas, y

cálmese. A veces, los espejismos en el mar suelen gastar esas jugarretas.

—No, no era un espejismo… —Casi sollozó ella. Pero abrió sus ojos y contempló las oscuras aguas, más tranquila. Después de un silencio en el que sólo era perceptible el golpeteo de las olas, el crujido del maderamen y el chirriar de las jarcias, ella se apartó de la borda, sin soltar nunca a Alan. Musitó apagadamente—: No…, no veo nada… Pero antes, sí. Antes vi ese rostro, medio carcomido como…, como el de un cadáver viviente… Lo juro, Conway…

—Y yo la creo —la confortó él, logrando ahora llevarla consigo hacia el puente de proa, pero procurando despegar de sí mismo, al menos en parte, las formas insultantes y opulentas de la rubia actriz —. Venga conmigo. Tomará una copa de oporto antes de la cena, y se sentirá mucho mejor…

Se dejó llevar dócilmente. Sus nervios habían cedido tras el *shock*. Seguía temblando ligeramente. Al llegar al puente, Conway se enfrentó con la mirada inquisitiva de *sir* Josuah, el gesto entre burlón y preocupado de Daphne, y muy especialmente, con la curiosidad morbosa de dos hombres, atraídos por el grito: el reverendo Wade y el profesor Guthrie. Fue éste quien le preguntó con voz anhelante:

—¿Qué, Conway? ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué gritó esa chica?

El religioso no hizo preguntas. Pero su mirada era elocuente, y apretaba contra su pecho la Biblia, como un escudo protector contra algo indefinible que creía a bordo.

—Nada —dijo Alan, escueto, tras una duda—. Se asustó con un espejismo. No era nada.

Y llevó al interior del castillo de popa a Diana Darrin, convencido de que ni el profesor ni el reverendo habían creído una sola palabra de su seca explicación.

Poco más tarde, *sir* Josuah llamaba a todos para la cena en el comedor de popa, como cada noche. Diana Darrin estaba más calmada, tras ingerir un buen oporto.

Y no faltó a esa cena. Comenzó ésta como la de cualquier otra noche.

Pero terminó de un modo muy diferente.

CAPÍTULO IV

La cena llegaba a sus postres. Otra vez había demostrado Neil Baker su calidad culinaria. Una excelente carne en salsa, precedida de un pescado al horno, llevó el ánimo a los siete comensales. El incidente de cubierta parecía olvidado, a excepción de cierto aire ensombrecido en Diana Darrin. Para ser una famosa estrella *sexy* de la televisión, su estado de ánimo era el más depresivo de todos. A veces se estremecía, y cerraba sus ojos, como si no quisiera contemplar algo que sólo ella veía. Conway la observaba de soslayo, sin hacer comentario alguno.

—Pareces muy preocupado por nuestra bella pasajera —comentó irónicamente la voz de Daphne, a su lado.

—¿Eh? —Alan se volvió a ella, saliendo de su abstracción. Tomó su porción de queso, y rechazó el trozo de pastel que le correspondía. Habló a Daphne en el mismo tono susurrante y discreto que ella usara para hablarle—: No, no es ella la que me preocupa. Es lo que creyó ver en las aguas…

—¿Seguro que vio algo? —Dudó la hija de *sir* Josuah—. Las actrices son muy fantasiosas, Alan. Y les gusta hacerse publicidad, ser el centro de atención…

—Ya pensé en ello, Daphne. —Alan sacudió la cabeza—. No me pareció ésa su actitud entonces. Parecía como si, realmente, hubiera visto algo en el mar… Estaba aterrorizada. Temblaba violentamente. No creo que fingiese. Tampoco finge ahora. Sigue asustada.

—Los temblores debiste notarlos muy bien —el sarcasmo de Daphne era evidente—. Estaba muy pegadita a ti, Alan…

—Te noto muy maliciosa esta noche, Daphne —sonrió Conway—. No soy ningún tonto. He tratado a otras figuras del cine y la televisión. Ella no fingía. Ni siquiera se abrazaba a mí con ninguna

otra intención. Buscaba protección. Ayuda. Eso era todo. La visión de ese rostro descarnado debió aterrorizarla profundamente.

—¡Un rostro descarnado, flotando en las aguas! Eso es ridículo, Alan. No tiene sentido.

—Claro que no. Pudo ser un espejismo, un reflejo… Pero ¿por qué no un cadáver cualquiera, flotando entre dos aguas, sujeto a algunas algas o cosa así, y cuya faz fuese visible a través de la primera capa de agua? Eso sí es factible y explicaría el misterio.

—Quizá. —Daphne, escéptica, se encogió de hombros—. De todos modos, creo que esa cara horrible sólo existió en su imaginación.

—Yo, no.

No era Alan quien hablaba ahora, sino alguien que, aparentemente distraído y como ausente, ocupaba el otro asiento, junto a la hija de *sir* Josuah, en la mesa oblonga, presidida por su padre, con Diana Darrin a su diestra y el reverendo Wade a su izquierda.

Daphne y Alan giraron sus rostros hacia el que hiciera el seco comentario. Era Shelby Cortland, el hombre que salvó su vida en un naufragio.

—¿Por qué dice eso? —Murmuró Alan—. Si escuchó nuestra conversación, poco puede saber al respecto. ¿Qué le hace suponer que existió ese rostro flotando en el mar?

—Porque tiene que existir —dijo con desconcertante seguridad el ex náufrago—. Lo estaba temiendo…

Daphne y Alan cambiaron una mirada de asombro. El joven periodista del Sunday se inclinó hacia el misterioso individuo. Le habló con voz grave:

—¿Qué quiere decir? ¿Por qué temía usted algo semejante? Eso sí que no tiene sentido…

—Lo tiene, señor. Lo tiene, y bien cierto —suspiró Cortland. Sus ojos oscuros, insondables, brillaban extrañamente. Ahora, al elevar él la voz, todos se habían vuelto a mirarle con interés o con simple curiosidad. El más absorto en sus palabras era ahora el profesor Malcolm Guthrie. Cortland añadió, tras una pausa breve—: Cuando yo naufragué, en el Hispania…, también vi ese mismo rostro que mencionó la señorita Darrin.

—¡Dios mío, no! —sollozó la actriz, repentinamente

sobresaltada, palideciendo intensamente.

—El diablo navega con nosotros, señores, del mismo modo que navegó en el Hispania, con el señor Cortland y los demás —sentenció sombríamente el reverendo Wade, elevando sus ojos a las vigas del techo, de las que colgaba la lámpara de petróleo de varios brazos—. Pidamos su ayuda al Señor. Pero hagámoslo con fe… o Él no nos escuchará…

—Déjense de tonterías todos ustedes, por favor —cortó *sir* Josuah con acritud—. Usted, Cortland, aclare lo que ha dicho, por favor. ¿Está seguro de que vio algo así cuando el Hispania iba a naufragar? ¿O está tratando de contarnos un cuento de miedo?

—Me gustaría que fuese sólo eso, *sir* Josuah —dijo fríamente Shelby Cortland, volviéndose hacia el capitán con gesto ceñudo, como ofendido por lo que le habían dicho—. Desgraciadamente, empieza a confirmarse lo que me dijo una vez alguien…

—Termine de una vez —se irritó *sir* Josuah—. ¿Qué le dijeron? ¿A qué se refiere?

—Era una adivina, una nigromante, *sir* Josuah… Me dijo que estaba marcado por el infortunio. Que adondequiera que fuese, vería la faz de la muerte… y llevaría conmigo la desgracia a los demás… Ese rostro…, el que vio la señorita Darrin…, era la misma muerte, que me ha seguido también en este viaje.

—¿Se ha vuelto loco? —Rechazó Alan Conway—. ¡Eso es un puro disparate, Cortland!

—No, no lo es, Conway. Me lo presagiaron —los ojos negros de Cortland eran dos profundas simas de misterio, de terror, de una angustia que iba más allá de este mundo—. La muerte es una novia demasiado constante. Difícilmente le abandona a uno… Yo quise poner a prueba esa profecía. Pensé que todo era mentira. Una falsedad imposible, un absurdo, como usted ha dicho, Conway… Y usted, *sir* Josuah… Todos tienen razón, porque yo pensé lo mismo que ustedes muchas veces. Este viaje es para mí fundamental. Porque si salgo vivo de él, habré roto el maleficio, habré demostrado que…

Otra vez el grito agudo, desgarrador, casi hendiendo los tímpanos de los presentes. Fue un chillido vibrante, que surgió de una garganta humana, para cortar la tensión del comedor como el filo de un cuchillo.

Todos, seis rostros en total, todos ellos crispados, con expresión angustiada, se volvieron hacia la persona que profería el grito. El rostro de Daphne Salters era una auténtica máscara de horror. Lívida, la boca abierta, los ojos dilatados, fijos en…, en un punto hacia el que dirigió luego su dedo índice, estremecido, tembloroso, al tiempo que unas pocas y roncas palabras escapaban de su garganta, aún alterada por el grito de horror:

—¡Allí! ¡Cielos, en esa ventana…! ¡Es…, es UNA CALAVERA! ¡El rostro de un esqueleto, Dios mío…!

Todos miraron a aquella vidriera, color caramelo, que asomaba a la cubierta del barco. Alan Conway soltó una imprecación y echó a correr, derribando su asiento, para saltar al exterior, abriendo violentamente la puerta.

Todo eso pese a que no había nadie en la ventana. Pese a que nadie veía cosa alguna tras aquel vidrio translúcido, donde ella juraba haber visto un descarnado rostro de calavera…

Y afuera, en la cubierta, en la selva de obenques, cordajes y palos, sobre el chirriante maderamen del bergantín, tampoco había nada ni nadie en la oscura noche salpicada por los fanales de proa y popa…

* * *

Los dos últimos llegaron al castillo de popa. Eran Conway y el profesor Guthrie. Venían jadeando. Cambiaron una mirada con *sir* Josuah, con el reverendo Wade, con Cortland, Daphne y Diana. Las dos mujeres aparecían encogidas, apoyadas la una en la otra, ahora unidas por un mismo terror. *Sir* Josuah y el reverendo Wade parecían protegerlas, junto a ambas. Los gestos de todos ellos eran sombríos, tensos, expectantes.

—¿Y bien? —preguntó *sir* Josuah.

—Nada —resopló Alan, sacudiendo la cabeza.

—Ni el más mínimo rastro de persona extraña alguna —jadeó el profesor en Ciencias Ocultas—. Ni siquiera una señal de presencia alguna cerca del castillo de proa.

—¿Y los tripulantes? —quiso saber el capitán.

—Todo normal entre ellos. El primer oficial Harris monta la guardia esta noche, con el marinero Dennis Craig. No han visto nada. Ni han oído nada en cubierta. El contramaestre Ismael

Goldman está haciendo unos trabajos en la sentina. Tampoco ha podido advertir nada anormal.

—Sin embargo…, esa calavera existió —dijo roncamente Cortland.

—¿Quién puede saberlo? —Se encogió de hombros *sir* Josuah.

—Su hija la vio, señor —protestó vivamente Alan.

—Pudo dejarse influenciar por lo que hablábamos. No puede estar segura de eso.

—Lo estoy, papá —aseguró ella, rotunda—. Vi esa calavera perfectamente pegada al vidrio, como si sus cuencas vacías nos mirasen a través de él… Duró cosa de uno o dos segundos. Apenas grité… la visión se desvaneció. Fue algo espantoso. Y no lo imaginé.

—Primero el rostro en las aguas, después la calavera en la ventana… —*Sir* Josuah sacudió la cabeza, ensombrecido—. Alguien quiere gastarnos una broma demasiado pesada. No puedo creer que estas cosas sean posibles. Tratan de asustarnos, es obvio.

—Pero ¿quién, *sir* Josuah? ¿Quién pretende realmente asustarnos? ¿Y por qué motivo? —Protestó el profesor Guthrie—. Sería un juego ridículo y sin sentido.

—No vamos a adelantar nada discutiendo aquí fuera lo que sea o deje de ser —manifestó gravemente Conway—. Y corremos el riesgo de que los tripulantes se enteren de lo que realmente sucede, y empiecen las dificultades con ellos. Sería mejor regresar al interior del castillo de popa, terminar nuestra cena y luego reunirnos a discutir, por ejemplo, ante una copa de *brandy* o una simple jarra de cerveza, todos los pros y los contras de nuestras respectivas teorías. ¿Qué les parece mi idea, señores?

—Muy atinada, Alan —admitió *sir* Josuah Salters con un suspiro —. Caballeros, vamos al comedor. Falta terminar los postres. Si no sienten apetito, tomemos al menos el café. Estaba hirviendo ya en el hornillo la infusión… y creo que un café nos templará los nervios, en vez de excitárnoslos… Aunque, naturalmente, quien prefiera té podrá elegir…

—Opto por el café —refunfuñó Shelby Cortland, cuya faz mostraba una acentuada palidez esa noche—. Nuestras británicas costumbres pueden esperar por una vez, señores…

Hubo diversos asentimientos. Entraron en el comedor, donde se habían quedado los platos de postre sin terminar. Nadie quiso

seguir con el queso o el pastel, retirándose de la mesa y procediendo a servir el café el propio *sir* Josuah, mientras Diana retiraba espontáneamente los platos usados, y Daphne situaba en la mesa la jarra de leche y el azúcar. Cada taza esperaba frente a su respectivo comensal, desde el momento de iniciarse los postres.

Escanció el café *sir* Josuah. Daphne y el padre Wade se sirvieron leche y azúcar. Los demás, sólo azúcar, con excepción de Cortland, que se puso café amargo. Alan Conway observó que el profesor Guthrie tenía sus ojos cerrados, y parecía respirar pausadamente, rígido en su asiento. Al pasar junto a él, para sentarse, el profesor entreabrió sus ojos y le miró con cautela. Alan sonrió.

—¿Qué hacía, profesor? —indagó—. Creí que dormía…

—No. Me concentraba. Trataba de captar la presencia de espíritus, nobles o malignos, a bordo de este navío, Conway.

—¿Y…?

—Nada —resopló—. Absolutamente nada, ni bueno ni malo. No capto presencia de espíritus a bordo. Es como si viajáramos solos, sin nada sobrenatural entre nosotros. Sin embargo…

Dejó la frase en el aire. Alan quiso saber, curioso, mientras se acomodaba:

—Sin embargo…, ¿qué, profesor?

Varios rostros se habían vuelto para seguir la conversación entre el periodista y el especialista en ocultismo y parapsicología. Éste movió la cabeza, dubitativo.

—No sé… Hay algo, pese a todo. Hay algo o alguien a bordo del *Sally Ann* II, amigo mío… Algo que no es de este mundo, pero que no sé lo que es…

Alan Conway iba a responder a eso, cuando captó el gorgoteo cercano. Era un sonido ronco, parecido a un estertor. Se volvió vivamente. Otros miraban ya en esa dirección.

Era Cortland. El ex náufrago se agitaba, sometido a extrañas convulsiones. Tenía un color que había pasado del lívido al verdoso. Sus ojos se desorbitaban, y por sus labios, como inmovilizados, asomaba su lengua, amoratada e hinchada. En medio de una atmósfera de repentino horror, todos le oyeron balbucear con torpe voz:

—La… la muerte… Está… está aquí… conmigo…

Y de repente, se derrumbó al suelo, derribando su taburete, que

no era de los claveteados al entarimado del barco. La taza se hizo añicos a su lado, derramando el escaso café que contenía.

Quedó inmóvil en las tablas lustrosas, ante el estupor helado de los otros seis comensales. El profesor Guthrie fue el primero en incorporarse de un salto y precipitarse sobre el caído, a quien examinó con rapidez.

—No está muerto —dijo roncamente, tras auscultarle—. Pero sí está muy mal. ¿Qué puede haberle sucedido? Tiene todos los síntomas de…

—De un envenenamiento —corroboró Alan Conway, que se puso en pie tras él y estaba arrodillado, mirando la taza de café rota del caído, sin tocarla—. Él no se puso azúcar en el café. Sin embargo, mire ese polvillo blancuzco en el fondo de la taza, profesor… Puede que sea veneno, ¿no le parece?

* * *

—Tenía usted razón, Conway. Era veneno. Arsénico. Con el amargor del café, pasaba casi desapercibido… ¿Es usted médico acaso?

—No, profesor. Usted tampoco lo es y, sin embargo, ha salvado la vida de Shelby Cortland.

—Bueno, estudié Medicina. No terminé la carrera, es verdad. Pero puedo defenderme, en casos así. *Sir* Josuah lo sabía. Por eso me aceptó a bordo y no reclutó ningún médico. Incluso sé algo de cirugía. Lo suficiente para una intervención de urgencia no muy complicada. Y traigo instrumental, medicamentos indispensables y todo eso.

—Es usted polifacético, profesor Guthrie —suspiró el joven periodista, contemplando el rostro pálido y sudoroso, pero tranquilo ahora, bajo la acción del vomitivo y los sedantes y antitóxicos administrados por el profesor a su paciente, allá en la litera de madera chirriante, en el camarote de cuatro literas que ellos dos, el reverendo y Cortland, compartían, mientras Daphne y Diana Darrin eran ocupantes del segundo camarote de pasajeros, dejando a *sir* Josuah el de capitán. Daphne había preferido viajar con la actriz, que ocupar una cabina ella sola.

Pero ninguno de los camarotes ofrecía más comodidades de las que pudieron ofrecer las lóbregas cabinas de madera, mal

alumbradas y peor ventiladas del original bergantín. La reconstrucción, en ese terreno, era perfecta. Aquello, al principio, había sido divertido. Ahora empezaba a resultar agobiante.

—No demasiado —contestó el profesor—. Sólo domino con eficacia la parapsicología y las Ciencias Ocultas. Soy un aceptable *cameraman*, un fotógrafo mediano y un discreto estudiante de Medicina a punto de alcanzar su título.

—Profesor, hablaba usted de…, de algo que no era de este mundo… cuando ocurrió lo de Cortland. El afirma que le auguraron una terrible proximidad con la muerte, como vecina o compañera suya de viaje… Pero ¿se explica con eso la presencia de un veneno en su taza de café?

—El veneno es algo tangible y real, Conway —suspiró el profesor cansadamente—. Tuvo que existir una mano humana que lo pusiera en su taza. Porque recuerde que cada uno tenía su propia taza vacía ante sí. El polvillo blanco, reposando en el fondo, era poco visible con las luces de la época… Quien lo puso, o sufrió un error muy grave…, o quería matar a Cortland.

—¿La dosis era mortal?

—Sí. Pero no se disolvió totalmente, al no dar vueltas a la infusión, por ausencia de azúcar a remover. En este último caso, pudo haber muerto, sin lugar a dudas.

—De modo que se nos mezclan hechos tangibles y humanos, con premoniciones y visiones de ultratumba… ¿Qué sentido puede tener este envenenamiento en relación con las alucinaciones o visiones de Daphne Salters y Diana Darrin?

—No lo sé, Conway. Hay cosas encontradas y extrañas a bordo de este navío… Esa faz esquelética o descarnada…, los presagios de Cortland, el veneno… y mi convicción d£ que algo no humano ni terreno se mueve en torno a nosotros… —Sacudió la cabeza, con los ojos muy brillantes, perdidos en las sombras de la lóbrega cabina de pasajeros del *Sally Ann* II—. Créame, Conway. Incluso yo… empiezo a sentir miedo. Y ni siquiera sé por qué…

A la luz oscilante, colgada del techo sobre las literas, de la angosta cabina de pasajeros del bergantín, Conway contempló, preocupado, al hombre que hablaba así. Esas palabras, en labios de un hombre como él, experto en cosas del Más Allá, no dejaban de resultar inquietantes, casi estremecedoras.

Luego, en silencio, el joven reportero abandonó el camarote, pese a lo avanzado de la hora, sin retirarse a su litera a descansar. Por el estrecho pasillo, donde otro fanal bailoteaba a los impulsos de la oscilación de la nave en el mar agitado, por las fuertes y rachea das brisas de la borrasca de las Azores, se cruzó con la alta, negra y delgada figura del reverendo Jonathan Wade. Venía musitando algo entre dientes, con sus evangelios abiertos entre ambas manos.

Llegó a captarle algunas palabras sueltas:

—«… Y sucedió que otro día comparecieron los hijos de Dios a la presencia del Señor, y asimismo Satanás se halló entre ellos y se puso en su presencia…».

Al llegar a su altura, Conway se detuvo, sujetándose al muro de tablas, mientras el bergantín daba un fuerte bandazo, y replicó con voz grave:

—«Y díjole el Señor a Satanás:» ¿De dónde vendrás tú? El cual le respondió: «He dado la vuelta por la tierra, y la he recorrido toda…».

Sorprendido, el religioso alzó sus ojos del bíblico volumen que leía. Miró largamente a Alan, parados ambos en medio del pasillo, bajo la amarillenta luzˆ fantasmal que parecía jugar con sus sombras, alargándolas y haciéndolas bailotear en los muros curvados.

—¿Tanto ha leído el Libro de Job, Conway? —preguntó, admirado.

—Capítulo segundo, versículos uno y dos —recitó de memoria Conway. Luego, sonrió—. Sí, recuerdo muy bien ciertos párrafos de la Biblia aunque no soy un hombre religioso ni muy creyente, reverendo Wade. ¿De verdad piensa que Satanás está entre nosotros ahora?

—Satanás siempre está donde más daño puede causar a los hijos de Dios —sentenció el religioso—. Pero en este barco no todos son buenos hijos del Señor, Conway.

—¿A quiénes se refiere?

—Mucha gente a bordo no es de mi gusto.

—¿Alguien en particular?

—Esos dos hombres… El profesor y el que naufragó…

—¿Cortland? Pudo morir envenenado. ¿No cree que eso lo

hiciera el diablo?

—No lo sé. La actriz tampoco me gusta. Es provocativa, simboliza la lujuria… Pero hay pecadores peores entre nosotros. Alguien puede ser la piel misma de Satanás, un fiel siervo del diablo. Y no bromeo.

—Eso me parece. ¿Acusa de algo a alguien determinado?

—Por el momento, sólo observo. Y rezo al Señor. Haga usted lo mismo, Conway. El mal está presente a bordo. Siempre estuve seguro de eso, aun antes de hacernos a la mar.

Y se alejó, recitando entre dientes versículos del Libro de Job en torno a Satanás. Conway se encogió de hombros, siguiendo su camino hacia la escalerilla. Subió a cubierta.

La noche había empeorado considerablemente. Allá arriba, los bamboleos del bergantín eran aún más acentuados, aunque menos mareantes. La brisa era ya viento declarado. El agua salpicaba, pulverizada, sus ropas y rostro. Crujía el maderamen como si fuera a desgajarse de un momento a otro. El cielo, sobre los palos trinquete y mayor, era del color de la más negra tinta china. El aire olía a sulfuro. Lejanos fulgores, a ras del horizonte marino, acusaban la proximidad de la tempestad. Las gavias y velas crujían, hinchadas por el viento.

Sir Josuah permanecía junto al timonel, Ian Simpson, el que supliera al decapitado Budd Nelson, allá en Kingston. El primer oficial, Duncan Harris, cooperaba con el contramaestre Ismael Goldman y los marinos Craig y Scott en disponerlo todo para afrontar el peligro del inevitable temporal de las Azores, a punto de descargar sobre la zona. El apacible Caribe se embravecía por momentos, perdiendo su calma tradicional.

—Retírese a su camarote, Conway —le aconsejó el capitán, *sir* Josuah, haciendo bocina con ambas manos, para hacerse oír en medio del mugido creciente de las aguas y el viento—. Éste no será un lugar seguro durante la tormenta. Y usted no es ningún lobo de mar…

—No podía dormir, señor —replicó el joven periodista—. Lo de Cortland me ha logrado poner nervioso…

—Y a todos —ahora ambos habían bajado la voz, para que el timonel Simpson no les oyera—. Lo peor es que, no sé cómo, los tripulantes se han enterado de lo ocurrido. He captado

murmuraciones, cuchicheos, miradas recelosas… Y cuando una tripulación empieza a sentir inquietud y superstición, es lo peor que podría suceder…

—Sí, eso me temo. ¿Quién pudo informarles? Todos prometieron ser discretos…

—Bueno, siempre hay alguien que habla en voz demasiado alta. O ellos captaron algo raro. No sé. Lo cierto es que tampoco pueden permanecer ignorantes de lo que suceda a bordo, por mucho que lo intentemos. Somos una pequeña familia en este cascarón, Conway. Y quizá sea mejor compartir la suerte en común.

—¿Cree que lo de Nelson en tierra pudo tener alguna relación con todo esto?

—¿El marino decapitado? No sé… Quizá —*sir* Josuah se encogió de hombros—. Empiezo a pensar que hubiera valido más no salir en esta singladura, Conway.

—Ya es tarde para volverse atrás. Estamos lejos de todo punto firme donde regresar. Cuatro días harían falta, como mínimo, para volver. Y teniendo en cuenta los vientos contrarios quizá ese plazo se elevara a seis o siete. Conviene seguir adelante como si nada sucediera. Después de todo, ¿quién no le dice que ha logrado plenamente su objetivo, *sir* Josuah?

—¿Qué quiere decir? —Le miró el aristócrata, sorprendido.

—No sabemos nada de lo que ocurrió a bordo del *Sally Ann*, hace casi un siglo. Usted ardía en deseos de conocer la verdad. ¿Quién no le dice que todo esto que nos ocurre a nosotros ahora… no sucedió ya ANTES a otras personas, a bordo de un buque gemelo de éste?

—¡Conway! Ésa es una teoría disparatada… —rechazó *sir* Josuah, atónito.

—¿Por qué motivo? Tan posible, en el terreno hipotético, como la idea del reverendo Wade de que Satanás está a bordo, entre nosotros, y acaso es UNO de nosotros… O la premonición del profesor Guthrie de que algo que no es de este mundo se encuentra a bordo, envolviéndonos…

—Yo soy realista, Conway, usted lo sabe. No puedo creer en épocas paralelas, en especulaciones sobre el tiempo… Como tampoco creo en Satanás personificado. Ni en cosas de ultratumba.

—Entonces, explíqueme la presencia de un rostro cadavérico a

bordo. Y de un veneno. Y de un marino decapitado en Kingston…

—Todo eso puede ser una simple farsa. Una acción desarrollada por manos humanas. No estamos ahora en 1879, Conway. Actualmente sabemos que existen máscaras perfectas, efectos de luz, de proyección, trucos de mil clases… Incluso llevamos una actriz famosa a bordo. Todo podría ser hasta una treta publicitaria de unos productores cinematográficos. Cualquier cosa, por absurda que parezca, menos eso… Yo veo una mano humana en este macabro juego.

—Yo también quisiera pensarlo así, *sir* Josuah, pero…

—¡Padre! ¡Alan! ¡Pronto, venid! ¡Algo ocurre!

Un nuevo y brusco sobresalto acosó a ambos hombres. Se miraron, alarmados, y corrieron hacia Daphne, que aparecía, con el pelo mojado, y tambaleándose por cubierta, agarrada a los cordajes y obenques, para aproximarse a ellos, con aire alterado.

—¡Daphne, vuelve a tu camarote! —le gritó *sir* Josuah, malhumorado—. ¡No hagas imprudencias! ¡Cualquier golpe de mar podría arrastrar ahora al que anduviese por cubierta!

—Padre, se trata de Diana… De Diana Darrin… —musitó Daphne, que aparecía muy pálida, bajo el agua que salpicaba su rostro copiosamente.

—¡Diana Darrin! ¿Qué le ocurre ahora a ella? —preguntó *sir* Josuah, alarmado.

—No sé… No está. No la encuentro… ¡Ha desaparecido! —jadeó Daphne Salters.

—Desaparecido… —repitió Alan, alcanzando a Daphne y aterrándola con energía, para protegerla de todo posible embate del mar embravecido—. No es posible. Estará en alguna parte de este barco. No puede haber ido muy lejos…, a menos que saliera a cubierta y algún golpe de mar pudiera…

—No, no. No salió a cubierta —murmuró Daphne—. Por eso digo que *ha desaparecido*. La dejé encerrada en el camarote, leyendo un libro… Al volver, todo estaba igual. Incluso el libro sobre su litera, sus ropas colgadas en la percha… Sólo falta su camisón verde, el que llevaba en la cama… Incluso sus zapatillas están allí. No iría vestida así, y descalza, fuera del camarote. La noche es fría y húmeda…

—Estará en alguna otra cámara —argumentó desesperadamente

su padre.

—No. El cocinero Baker estuvo buscándola por doquier. No dio con ella. Está asustado.

—Baker… ¿Por qué le dijiste nada, Daphne? No conviene que los tripulantes sepan…

—Era necesario, ¿es que no lo entiendes, papá? A Diana puede haberle ocurrido algo… Me inquieta que todo esté tan en orden, pero que ella falte… Sé que tenía miedo de andar por el barco. La oí decir que temía que estuviera embrujado. No se movía sin ir a mi lado, en estas últimas horas, desde que Cortland cayó intoxicado…

—Está bien, Daphne —cortó Conway, enérgico—. Creo que hiciste bien. Baker conoce el barco. Si él no la encontró, me temo que no tengamos nosotros mejor éxito. Esto me preocupa. Veré de dar con ella. Pero tú vuelve a tu camarote. O mejor aún, quédate en el de tu padre. Tiene dos recámaras, y estarás allí más segura.

—Sí, Daphne —asintió *sir* Josuah, sombrío—. Toma la litera del segundo camarote del castillo de popa, en el puente del capitán… Es lo mejor. Ciérrate por dentro. No abras a nadie sino a Conway o a mí… y cuando estés segura de que es nuestra voz la que oyes.

—Entiendo —afirmó ella, con rara docilidad, que a Alan le dio la impresión de esconder tras de sí un auténtico miedo a algo—. Me quedaré allí, papá. Y dejaré bien cerrado.

—Excelente —suspiró *sir* Josuah con alivio. Se volvió a Alan—: ¿Iniciamos la búsqueda de Diana Darrin?

—Sí, por favor. Haría falta ayude, no obstante. ¿Aviso al reverendo? Podría venir con nosotros, mientras el profesor cuida de Cortland…

—Sí, conforme. Por otro lado, creo que ha llegado el momento de pedir ayuda a nuestro personal, ocurra lo que ocurra. Informaré a mi primer oficial, Duncan Harris. Y que él forme otro grupo con su gente, para tratar de dar con la joven. Es mejor así.

—De acuerdo, *sir* Josuah —aceptó Alan, ceñudo—. Tarde o temprano, todos debemos estar unidos a bordo, contra cualquier adversidad común a todos. Andar con misterios, no resolvería nada. E incluso podría complicar más las cosas en un futuro próximo.

—Muy bien. Adelante, amigo mío. Es mejor que actuemos cuanto antes. Ocurra lo que ocurra… —Y miró cómo Daphne se dirigía al castillo de popa en su parte reservada al capitán y sus

dependencias privadas. Una puerta se cerró con llave. Los dos hombres parecieron aliviados.

—Vamos, señor —invitó Alan Conway con energía, echando a andar—. Pero mucho me temo que su hija tenga razón.

—¿Qué quiere decir?

—Que Diana Darrin ha desaparecido, realmente. Lo temo. Lo presiento.

—Pero eso es imposible, Conway… ¡A bordo de mi barco, con el mar rodeándonos, sin apenas espacio donde ocultarse nadie! ¿Adónde pudo ir a parar? ¿Por qué desapareció?

—Eso, señor…, no lo sé —se encogió de hombros Conway, mientras un retumbar no muy lejano les advertía de la vecindad cada vez más inquietante del temporal. Alrededor del bergantín goleta *Sally Ann* II, un Caribe singularmente negro y embravecido, golpeaba furiosamente los costados de babor y estribor, haciendo crujir lúgubremente el maderamen de la nave. Tras una pausa, añadió Alan—: Pero sea como fuere, esto es la continuación.

—¿La continuación? ¿De qué?

—De todo. De ese rostro fantasmal, esquelético, que sólo vieron las mujeres… De ese veneno misterioso en el café • de Cortland. De un hombre decapitado en Kingston… Y quizá de todo lo demás: del diablo del reverendo, del hálito de «otro mundo» del profesor… En suma, *sir* Josuah, me temo que, realmente…, nuestro barco está maldito. Y tengo miedo. Miedo de que Diana Darrin… no aparezca jamás.

CAPÍTULO V

No apareció.

Era avanzada la madrugada. El viento rugía afuera. Los rayos restallaban en el cielo negro, desgarrándolo con luz lívida, y haciendo estremecer el navío de proa a popa, con el estruendo ensordecedor de sus truenos. El mar Caribe, enfurecido, zarandeaba violentamente al *Sally Ann* II. Los crujidos del casco, hacían temer lo peor. Pero era sólo apariencia. El bergantín soportaría eso y mucho más. A pesar de su velamen desgarrado, en parte recogido, en parte colgando lastimosamente de las jarcias.

Pero Diana Darrin no había aparecido. En ninguna parte del barco. A pesar de la búsqueda exhaustiva. A pesar de haber recorrido todas las bodegas del bergantín, bajo su línea de flotación. Las cajas de la carga chirriaban, agitándose entre sus ataduras, amenazando en apariencia volcarse a un lado y provocar el naufragio. Pero resistían las ligaduras de seguridad. Y todo se reducía a un constante sobresalto.

Alan había revisado todo, incluso entre los cajones de carga, en su mayoría provistos de víveres, agua potable, materiales útiles a bordo… Un cajón con marcas de tiza azul, más grande y pesado que los otros, producía estremecedores chirridos, en medio de la bodega, fuertemente sujeto con cadenas. Tampoco en derredor suyo había el menor rastro de la desaparecida actriz. Pese a ello, Alan había hecho una pregunta:

—*Sir* Josuah, ¿qué hay en ese cajón? Parece muy pesado…

—No, nada —eludió el armador y capitán, sin mirarle, como restando importancia al hecho—. Nada especial, Conway. Material de emergencia, si sufrimos daños a bordo. Es todo.

A Alan no le convenció la explicación. Pero no insistió. Después de todo, era Diana Darrin la que importaba ahora. Y no estaba en

ninguna parte. No había rastro de ella.

—Dios mío… —jadeó al final *sir* Josuah Salters, dejándose caer, abatido, junto al timonel Scott, que estaba ahora de servicio—. ¿Qué ha podido sucederle?

—Sea lo que sea, no podemos saberlo. Lo único cierto es que parece no estar a bordo… —susurró amargamente Conway—. Y eso es grave. Muy grave. Pudo caer al mar.

—¡No la vieron en cubierta! ¡No hubiera salido en camisón, y descalza, con esta noche de todos los infiernos! —aulló *sir* Josuah. Y un fulgor y el estampido de la descarga eléctrica, iluminando de modo fantasmal la cubierta del que parecía ahora el auténtico Holandés Errante de la leyenda, perdido en los negros mares del infierno, subrayó dramáticamente las palabras del aristócrata inglés.

—Conforme. No salió del camarote. Entonces, ¿quién entró allí y la hizo desaparecer? ¿Qué está sucediendo a bordo, capitán?

—Sé tanto como usted, Conway —se exasperó el padre de Daphne, encarándose con el joven periodista, bajo el azote del viento y el agua pulverizada, entre bamboleos siniestros del barco nuevo, hecho a la vieja usanza—. Mañana iniciaré una investigación formal. Abriremos una encuesta a bordo, y nadie escapará a interrogatorios y pesquisas. Pero ahora, lo primordial es salvar esta tormenta y salir bien librados de ella. Vuelva a su camarote, Alan. Trate de dormir. Éste es trabajo mío. Y yo lo haré. Mañana será un día diferente, ya lo verá. En calma y despejado, o yo no conozco los mares.

—Mañana puede ser demasiado tarde, señor —dijo fríamente Alan Conway, alejándose de él y regresando a la incierta protección del interior de la nave, de regreso a su camarote—. Y no creo que me sea posible conciliar el sueño esta maldita noche…

* * *

No le fue posible.

No durmió ni media hora, a intervalos de cinco o seis minutos. Siempre se despertaba agitado, inquieto, dando vuelcos en su litera, zarandeado brutalmente por el temporal que agitaba al *Sally Ann* II como a un cascarón de nuez.

No era él solo. Cortland gemía en su litera, de vez en cuando, dentro de su sopor artificioso, provocado por el tratamiento médico

del profesor Guthrie. En las otras dos literas del camarote colectivo, nada lujoso ni confortable para ser de pasajeros, el sueño de Jonathan Wade y del profesor, tampoco parecía nada tranquilo, pese a que la luz del único farol en el camarote no lograba ni disipar las espesas sombras que se cernían sobre los rectángulos de oscura madera donde reposaban los cuatro hombres. A veces, Alan casi ni sabía si estaban allí los cuatro, o alguno faltaba de su litera. Le hubiera sido imposible distinguir entre el bulto producido por unas ropas o por un ser humano, en las sombras del camarote.

Cuando clareó por las angostas troneras del camarote, respiró aliviado. El mar se movía mucho menos, y el barco emitía crujidos más leves y se zarandeaba con menos violencia. En ese momento se quedó más profundamente dormido, y, cuando despertó definitivamente, ya asomaba un sol dorado y rojizo por estribor.

Se incorporó, recordando súbitamente a Diana Darrin y su misteriosa desaparición de la noche anterior. Miró a las demás literas. Sólo Cortland dormía en calma. Faltaban ya el profesor y el reverendo, cuyas literas aparecían desordenadas.

Conway saltó al suelo y se vistió con rapidez, lavándose en la tinaja que, a la vieja usanza de los veleros, era el único medio de aseo posible. Empezaba a irritarle la fidelidad excesiva de *sir* Josuah a los modos y costumbres de cien años antes. Echó de menos su ducha y su lavabo. Y muchas otras cosas de su confortable apartamento de Londres. Pero ya era tarde para retroceder, y lo sabía. Sólo él era culpable de estar enrolado en aquella tripulación del diablo.

—El diablo… —musitó, interrumpiendo sus pensamientos con desagrado. Evocó al reverendo Wade y sus anatemas y citas bíblicas —. Dios, ¿será cierto que Satanás está entre nosotros?

Salió prestamente a cubierta.

El espectáculo era terrible. Alucinante.

Con la claridad entre oro y sangre del amanecer, elevándose lentamente el sol entre nubarrones púrpura hacinados en el horizonte, a estribor, descubrió el silencioso grupo, místicamente agrupado allá en la cubierta, justo bajo el palo de trinquete.

Las velas estaban recogidas. Algunas, desgarradas y húmedas aún, recuerdo de la tormenta nocturna. El barco se mecía suavemente en alta mar. No avanzaba. No se movía. No soplaba el

más leve rastro de brisa en el Caribe, por contraste con la noche anterior. Estaban al pairo. La calma era chicha.

Pero todo eso no importaba mucho. Era el grupo el que le asustó. Y lo que había en medio de ellos, colgando junto a uno de los obenques de trinquete. Al final de un cordaje suspendido de la cebadera, algo colgaba siniestramente en el amanecer. Era una visión dantesca, que hizo estremecer a Alan Conway, incrédulo.

—Dios mío… —susurró Alan, vacilante—. ¿Qué es *eso*?

Caminó hacia el grupo. Identificó al reverendo, al profesor Guthrie, a *sir* Josuah, al primer oficial Duncan Harris, a Ismael Goldman, el contramaestre… Todos rodeaban aquello.

Y más allá, en otro grupo silencioso, supersticiosamente encogido, estaban los demás: Baker el cocinero, Craig, Scott, Simpson… Todos los tripulantes. Faltaba solamente Daphne Salters. Y, naturalmente, Diana Darrin. Descontando al durmiente Shelby Cortland.

—¿Qué…, qué ocurre? —Preguntó a voces, mientras avanzaba tambaleante hacia ellos, por la resbaladiza cubierta, húmeda aún del agua salitrosa que la barrió la noche antes durante el temporal —. Por el amor de Dios, ¿qué significa eso, colgado ahí?

Todos se volvieron a mirarle. *Sir* Josuah habló tristemente, con voz serena:

—Es…, es lo que queda de Diana Darrin… Aún lleva su camisón… y… y su cabello, claro está… Eso es obvio, ¿no le parece?

Alan, demudado, contempló lo que colgaba del palo de trinquete. Sí, era obvio. Melena plateada, larga, suave. Pero Dios, ¿qué se había hecho de las opulencias de Diana Darrin? ¿Qué de sus formas agresivas, que provocaban el deseo en los hombres?

Era…, era sólo un esqueleto. Un huesudo cuerpo colgando del trinquete, envuelto en un verde camisón translúcido, que sin duda debió resultar muy coqueto en otra ocasión. Bajo la melena platinada, un rostro descarnado y horrible, una faz de huesos blancuzcos, con las cuencas vacías y la eterna mueca de una sonrisa macabra en aquella dentadura visible, sin labios ni encías, parecía mirarle con lúgubre angustia, desde más allá, desde mucho más allá de este mundo…

* * *

El profesor Malcolm Guthrie se incorporó lentamente. Les miró a todos, tras cubrir con una sábana, piadosamente, aquel cuerpo cuyos huesos se marcaron descarnadamente bajo la tela blanca y ligera.

Estaba muy pálido e impresionado cuando se volvió a ellos y les informó, con voz ronca, que se rompía a veces, como insegura y nada firme:

—No hay duda alguna… No es un fraude ni un juego de mal gusto, señores. Eso era un cuerpo lleno de vida, aún no hace mucho tiempo… Hay fibras de carne adheridas a esos huesos. Era Diana Darrin, estén seguros. No son sólo sus ropas. Es su forma, su esqueleto menudo, de mujer…

—Pero… ¿qué es lo que puede convertir a una mujer opulenta, llena de vitalidad y de juventud, en sólo unas pocas horas… en un maldito esqueleto, horrible y aterrador? —clamó con voz áspera *sir* Josuah Salters.

—Eso… nadie lo puede saber —se volvió lentamente hacia él Malcolm Guthrie—. Sólo les hablo de lo que yo he encontrado aquí, señores. Primero pensé que todo era una farsa, posiblemente incluso que se trataba de un muñeco o algo así. Desgraciadamente, es un esqueleto real. Muy real. Y algo lo devoró. Algo engulló su carne recientemente, dejando ese pobre despojo… sólo con su melena, su cuero cabelludo… Y, eso sí, he advertido que aún conserva su…, su cerebro, su masa encefálica bajo el hueso craneal… Pronto empezará a derretirse, escapando por sus descarnadas fosas nasales…

Daphne Salters había querido estar presente en aquel momento. Sintió náuseas. Y se apartó, con un sollozo, siendo recogida prestamente por Alan Conway, no lejos de la puerta de salida de la cámara del capitán, donde tenía lugar la tétrica escena.

—Daphne, no debiste venir… —musitó Alan roncamente—. Esto no era para ti…

—No, deja —musitó ella, apoyándose en el muro, muy pálida. Ingirió algo, una tableta sin duda. Se irguió—. Ya estoy mejor. Puedo dominarme, Alan… Quería saberlo todo. Llegar al fondo de este horror…

—Sólo Dios sabe dónde estará ese fondo —mascculló Conway—. Es como una sima inaccesible, oscura y atroz, donde nos esperan

atrocidades sin fin. ¿Has escuchado al profesor Guthrie? O es el mayor farsante del mundo… o, realmente, en sólo unas horas de la noche, Diana Darrin pasó a ser… un triste esqueleto humano, que luego apareció colgado del trinquete… Es horrendo. No tiene sentido. Pero causa pánico. ¿Adónde estamos yendo ahora, Daphne?

—Por lo que noto… a ninguna parte —dijo ella, sarcástica, dentro de su actual amargura—. Este barco se mece en el mar, pero no se mueve lo más mínimo…

—Es la calma chicha. A veces sigue a las tormentas tropicales. Ni un soplo de brisa. Y calor, mucho calor. Y humedad… —Conway se enjugó el sudor que daba brillo a su piel, y miró malhumorado a la cubierta—. Podemos estar así días enteros. Luego cambiará. Llegarán las brisas. De momento, no se puede hacer nada. Viajamos a la antigua usanza. Nada de radio, nada de telegrafía… Nada, Daphne. La idea de tu padre está dando malos frutos, parece. Es como si hubiéramos retrocedido al siglo XIX.

—Sí. Y al auténtico *Sally Ann*… Allí…, allí también fueron TODOS ESQUELETOS, ¿lo recuerdas, Alan?

—Ya lo he pensado —susurró Conway, sombrío, moviendo la cabeza en sentido afirmativo—. Primero los rostros descarnados en el mar y en el cristal… Luego, esto. Daphne, nunca he creído en nada fuera de este mundo. Tu padre tampoco. Yo…, yo empiezo a dudar. Me temo que *sir* Josuah también…

—¿Satanás, Alan? —sollozó Daphne, con una breve •risa histérica, que no delataba el menor sentido del humor y sí una profunda excitación nerviosa—. ¿O los espíritus del profesor Guthrie?

—No sé… Creo que tu padre jugó a demasiadas cartas a la vez. Puede ser todo eso. O nada de ello. Eligió unos inquietantes pasajeros. Y ahora, uno no sabe si culpar de todo esto a alguno de ellos… o a la fatalidad. O al destino de los *Sally Ann*. O… no sé. A algo peor. Y distinto. Terriblemente distinto a todo, querida amiga…

Daphne estaba llorando. Su resistencia de mujer firme y entera estaba resquebrajándose. Alan no podía reprochárselo. Él tampoco se sentía muy firme. La atrajo contra sí, impulsivamente. Acarició sus rojos cabellos. Ella estalló ya abiertamente en llanto. Era sólo una mujer asustada, no una inteligente bibliotecaria, hija de un

aristócrata. A veces, todos los seres humanos eran iguales.

—Vamos, vamos, serénate —la calmó Alan—. Aún estamos vivos. Debemos seguir luchando por continuar así. No ceder ante nada. Estar alertas, Daphne. No fiarnos de nada ni de nadie. Sigue durmiendo en los camarotes de tu padre. Ciérrate por las noches. Y confía en mí.

—Alan, no hagas nada. No te arriesgues —le miró ella de muy cerca, con ojos arrasados de lágrimas—. No soportaría… perderte también a ti.

—Espero que eso no suceda —rió él forzadamente, entre dientes —. Soy duro de pelar. Y tendré que demostrarlo ahora, no hay duda…

Se interrumpió. Murmullos y voces llegaban de cubierta. Se volvió. También Daphne. En la puerta del castillo de popa asomó *sir* Josuah. Empuñaba un arma. Cosa rara, no era un pistolón del 1879. Era un «Colt» moderno, de cañón corto, calibre 38. Un arma con seis balas. Y estaba amartillada.

Frente a él, varios marinos formaban grupo. Los encabezaba Ian Simpson, el hombre que suplió al decapitado Budd Nelson. Parecían estar en estado excitado, levantisco.

—¿Qué os ocurre a vosotros? —Aulló la voz potente de *sir* Josuah Salters, investida ahora de autoridad y fuerza—. ¿Es que pretendéis crear un motín a bordo?

—Capitán, no debe interpretarnos mal… —comenzó el irlandés, con voz insegura, pero escoltado siempre por Craig, Scott y el cocinero Baker, que también parecía haberse puesto de su parte—. Desde un principio, este viaje estuvo mal hecho. Un compañero murió trágicamente en Kingston, y eso era mal agüero. Debimos renunciar a este viaje. Este barco está maldito. Tan maldito como lo estuvo el *Sally Ann* original. Y todo el mundo sabe cuál fue el destino de sus trece tripulantes… Hemos pensado solicitarle, señor, que…

Un disparo al airé, súbito y estruendoso, interrumpió al marinero, que retrocedió unos pasos,' inquieto, seguido de sus compañeros. El arma del padre de Daphne humeaba, apuntando al cielo azul y despejado.

—¡Una palabra más y disparo sobre vosotros, hatajo de cobardes, medrosos y llenos de malditas supersticiones sin sentido!

—Rugió *sir* Josuah con envidiable energía—. ¡Aquí nadie piensa, nadie solicita nada ni nadie habla, si no es con mi consentimiento! ¡Y yo no os doy ese consentimiento en absoluto! ¡Vamos, volved inmediatamente a vuestras tareas, o me veré obligado a consignar en mi libro de a bordo que con fecha de hoy os amotinasteis contra vuestro capitán, y ya sabéis lo que eso significa, conforme a la legislación marítima! ¡Estúpidos, dejad de graznar ahí como mujerzuelas, y luchad porque salgamos pronto de esta inmovilidad y toquemos puerto! ¡En cuanto eso suceda, podéis largaros todos con viento fresco, sin esperar a más! ¿Está eso claro?

Su arma, amartillada de nuevo, apuntaba ahora a los marinos. Intimidados éstos, se limitaron a asentir, en silencio, dispersándose y volviendo a sus tareas a bordo. *Sir* Josuah, altivo, casi magnífico, quedóse en pie en el castillo de popa, dominando la situación.

—Admirable —dijo entre dientes Alan Conway—. Tu padre cree ser ahora un capitán Bligh (*El capitán Bligh es el tiránico capitán de la Bounty que inmortalizó Charles Laughton en el cine, sobre la novela de Charles Nordhoff y James Norman Hall, «Rebelión a bordo»*), pero creo que ha hecho lo prudente. La situación se deteriorará más aún. Sin embargo, tenía que hacer un alarde de fuerza, o esto iría a peor.

—No me gusta esto —gimió Daphne—. Papá no es así. Él tiene espíritu democrático. Si ha obrado de ese modo, es porque tiene miedo, Alan…

—Todos lo tenemos. Somos humanos, Daphne. Que aparezcan esqueletos a bordo, no es para dar ánimos a nadie. Los marineros tienen razón para estar asustados. Pero hace falta mano dura en trances así. Puede que sirva, o puede, que no. Depende de lo que suceda en las próximas horas, pero no tenía otra salida si quería controlar la situación a bordo…

Alan esperó en vano un comentario más de Daphne. Ella parecía sumida en un caos mental y físico difícil de superar. La escoltó hasta la puerta de acceso a las cabinas del capitán. Las miradas de Simpson y los demás, pasaron amenazadoras y sombrías sobre ellos, pero nada sucedió. Los marinos se dispersaban, volviendo a su quehacer.

Ya en la puerta, Conway despidió a Daphne. Ella le miró dulcemente, antes de entrar, y musitó con voz apagada:

—Gracias por todo, Alan. No sé qué sería de mí ahora si no

estuvieras tú a bordo…

—No creo que pueda hacer mucho —sonrió animoso el joven periodista—. Pero si deseas algo, llámame, Acudiré en seguida, no lo dudes. Ahora, deberías descansar, tratar de no pensar en todo esto…

—Sí, Alan… —Ella entró unos pasos en la cabina a ella destinada, vecina a la de su padre. Súbitamente, tomó algo de encima de un armario y lo tendió a Conway—. Toma esto. Prefiero no leer más cosas horribles. Anoche intenté conciliar el sueño con esa lectura… y tuve pesadillas espantosas. Quizá a ti no te haga tanto efecto ese libro…

—Te prometo que lo leeré, por, terrible que sea —sonrió Alan, sacando fuerzas de flaqueza. Echó una ojeada al volumen, al tiempo que añadía—: No hay relato que pueda superar lo que hemos vivido aquí desde ayer…

Sus ojos se clavaron en el volumen encuadernado en granate, con letras de oro. Su título le atrajo con cierta morbosa sugestión: Grandes tragedias marítimas de la historia.

—¿Lo entiendes ahora? —musitó ella, con voz apagada.

—Bueno, no puede decirse que eligieras lo más idóneo… —Fue el comentario irónico de Conway, al alejarse con el libro, no sin antes cerrar Daphne con llave su camarote.

Capítulo VI

La noche no trajo novedades a bordo. Ni siquiera brisa a las velas, para salir del estancamiento irritante en que se hallaban, allá en alta mar, sin medio de que sus velas les condujesen a parte alguna.

Afortunadamente, tampoco sucedió nada insólito a bordo. La tensión era latente, y esa noche la cena de Baker fue menos apetitosa que otras veces, como hecha con desgana. *Sir* Josuah la probó previamente, con sumo tacto, temiendo acaso un acto criminal que no se confirmó. Baker se mostró naturalmente ofendido por ello, pero su capitán no le dio la menor explicación al respecto.

Cenaron en un silencio casi sepulcral. Daphne estaba ausente. Le llevó su propio padre la cena a su camarote. Pretextó un dolor de cabeza, pero Alan sabía que los nervios de la muchacha habían cedido, y estaba en un peligroso momento de abatimiento. El miedo hacía el resto.

—La situación se deteriora por momentos, caballeros —fue el comentario incisivo de *sir* Josuah, a los postres—. Y no sé cómo evitar que ello suceda.

Los presentes se miraron en silencio. El reverendo Wade citó un versículo de la Biblia sobre el demonio y los hombres, pero nadie le hizo caso. El profesor Guthrie fue algo más concreto esta vez:

—La tripulación es difícil de manejar. Están asustados. Y son supersticiosos. Tan temerosos de Dios como de las fuerzas del mal. Por otro lado, está el otro problema…

Nadie le preguntó cuál era «el otro» problema. Todos lo conocían: el esqueleto de Diana Darrin. El horrible hallazgo de la mañana. Un hecho absolutamente inexplicable.

—Profesor, usted es un especialista en ciencias ocultas. Y en parapsicología —era Alan Conway quien hablaba, desmenuzando

distraídamente una galleta salada sobre el mantel—. ¿Qué puede decirnos de lo que sucede a bordo? Debe tener una explicación. La que sea. Terrenal o ultraterrena, real o irreal. ¿Usted qué dice a eso?

—Nada —suspiró Malcolm Guthrie—. Tendría que pedir ayuda. Invocar consejo.

—¿De quién? —preguntó con amarga ironía el reverendo Wade.

—De los espíritus.

—¡Los espíritus! —Clamó el religioso—. Es irreverente. Y absurdo. No hay espíritus que comuniquen con los hombres. Todo eso es superchería.

—La superchería se limita a las viejas que engañan al vulgo con mesas que se levantan y ectoplasmas que se materializan —refunfuñó el profesor Guthrie con aspereza—. Mis invocaciones son de otro tipo. Y esta noche las haré. Mañana, caballeros…, habrá una respuesta a sus preguntas. Yo, el profesor Guthrie…, ¡conoceré la verdad de lo que sucede a bordo, caballeros! Aunque ya tengo una cierta idea de ello, pero…

—¡Profesor! —le espetó *sir* Josuah enérgicamente—. Si tiene alguna idea clara, su obligación es exponerla ahora mismo, sin rodeos. ¡Es una orden!

—Lo siento, capitán —sonrió melifluamente el científico—. Nadie puede obligarme a decir lo que es sólo una simple teoría, bastante rara por cierto… Es mejor esperar a mañana, se lo aseguro. Cuando me levante… usted sabrá esa verdad, señor. La que me confirmen los buenos espíritus, a los que invocaré esta noche… Sólo le pido ese margen, capitán.

—Concedido —dijo *sir* Josuah, de mala gana. Miró en silencio el vacío puesto de Cortland en la mesa—. Bien, caballeros. Terminemos cuanto antes. Creo que no debe quedarse mucho tiempo solo nuestro pasajero enfermo…

—No se preocupe por él —habló Alan, pensativo—. Logramos que Ismael Goldman, el contramaestre, que está libre de servicio esta noche, cuidara de él durante la cena… Yo iré a relevarle. Tengo ganas de acostarme. Estoy algo cansado, y además quiero leer cierto libro que me prestó su hija. Caballeros…, buenas noches. Hasta mañana. Esperaré impaciente su revelación parapsicológica, profesor Guthrie…

El profesor acaso pensó que Alan se mofaba de él, porque no se dignó responderle. Conway abandonó el comedor. Salió a la cubierta. No había ni un soplo de aire. La noche era cálida, muy húmeda y en calma. Apenas dio unos pasos, Conway notó el sudor empapando su piel.

Abajo, en la cabina, el contramaestre Ismael Goldman bebía una jarra de cerveza y fumaba una pipa, junto al lecho de Cortland. Éste reposaba aún. Una taza de leche permanecía intacta en su mesilla de vieja madera toscamente labrada.

—No quiso nada, señor Conway —dijo el contramaestre, poniéndose en pie con un bostezo—. Se despertó, y volvió a dormir… Pero parece que va mejor. No tiene fiebre.

Alan asintió, tras comprobar eso por sí mismo. Cortland mejoraba, aunque seguía sumido en aquel profundo sopor. Subió a su litera, mientras el contramaestre se ausentaba. Le oyó caminar pesadamente por cubierta, en dirección a la proa, donde se alojaba la tripulación.

Luego, el silencio se adueñó de todo el barco. Conway se tendió en su lecho, abriendo el volumen por una página determinada: «EL FIN DE LOS TRIPULANTES DEL SALLY ANN. UN MISTERIO AUN SIN RESOLVER».

Comenzó a leer. Se adormeció cuando lo terminaba. Dejó caer el libro. Cerró los ojos.

Soñó con esqueletos. Fue una horrible pesadilla, de la que salió bruscamente, empapado en sudor. Se incorporó.

El barco chirriaba. Se movía. En alguna parte del barco oyó una voz lejana y alegre:

—¡Sopla la brisa! ¡Se hinchan las velas! ¡Por fin…!

Miró abajo Alan, al sentirse extrañamente solo. No vio a Cortland. La litera estaba vacía. Más allá, descubrió al reverendo Wade, en la otra litera, roncando con fuerza. También la litera de abajo estaba sin ocupante. Era la del profesor Guthrie.

Alan Conway saltó de su litera, sobresaltado. Se le cayó el libro al suelo. Lo alzó, pasando fugazmente su mirada por la siguiente página al drama del *Sally Ann*: «El Hispania, buscador de tesoros, y su trágico final». Pero no lo leyó. Ahora había otra cosa que le preocupaba más.

Salió a cubierta en la noche. Se tropezó casi de bruces con Ian

Simpson. El irlandés le aplicó un pistolón del siglo XIX al pecho. Alan se apresuró a contenerle.

—¡Quieto, Simpson! Soy Conway… Avise al capitán. Faltan dos hombres en mi cabina… Cortland y el profesor Guthrie… ¡Hay que buscarlos inmediatamente! No quiero que sean sus esqueletos los que aparezcan mañana…

Simpson le miró, asustado. Asintió, y dio media vuelta, llamando a voces al primer oficial. Poco después, Duncan Harris ordenaba la búsqueda, mientras transmitía el aviso al capitán, *sir* Josuah Salters.

Hubo cierta fortuna, en medio de todo. Shelby Cortland no apareció. Pero sí el profesor Guthrie, el hombre que aseguró que al día siguiente diría a *sir* Josuah la verdad sobre los sucesos de a bordo.

Sólo que Malcolm Guthrie, parapsicólogo y profesor en Ciencias Ocultas, ya jamás diría nada a nadie, al menos en este mundo.

Estaba muerta cuando lo encontraron. Muerto… y decapitado.

* * *

—¡Decapitado!

—Sí, capitán. Alguien le segó el cuello con un hacha o cosa parecida. Se encontró su cabeza, pero a alguna distancia del resto del cuerpo. En medio de un baño de sangre. Fue un crimen atroz.

—¿Dónde…, dónde han hallado el cuerpo y la cabeza del profesor, Conway?

—Abajo, en la bodega… Debía de estar allí invocando a sus espíritus, sin duda. Entonces intervino el criminal. Le cortó la cabeza de un certero y limpio tajo. Sin duda, se trata de alguien muy fuerte, *sir* Josuah…

—¿Y Cortland? ¿Ha aparecido?

—No. Aún no. Sigue la búsqueda. Ocurre como en el caso de Diana Darrin. Ojalá no termine todo igual… Pero yo no albergaría demasiadas esperanzas. Cortland ni siquiera tomó su taza de leche. ¿A qué diablos iba a salir del camarote en plena noche?

—Usted duerme allí mismo. ¿No notó nada? —Se irritó *sir* Josuah.

—No, señor. Tuve un sueño pesado. Tal vez era el cansancio. Tal vez me drogaron de alguna forma, no lo sé. Por lo que he visto, también el reverendo Wade dormía como un bendito.

—Sigan buscando. ¡Remuevan todo el barco, por el amor de Dios! —Clamó *sir* Josuah—. No quiero que se repita la historia, Conway. ¡No deseo otra tripulación de esqueletos!

—Lo siento, *sir* Josuah —respondió fríamente Alan—. La idea fue suya…

Y abandonó la cabina del capitán, uniéndose a los amedrentados marineros, en la búsqueda de Shelby Cortland.

Fue revisando la sentina cuando la voz aguda del marinero Wally Scott gritó de repente:

—¡Aquí, aquí! ¡Lo he encontrado, Dios del cielo! ¡El Señor nos proteja a todos…! ¡Este barco está maldito!

Alan Conway corrió allá, al mismo tiempo que el primer oficial Harris. Ambos hombres se miraron en silencio, sombría la expresión.

Era terrible ver allí, encogido, aquel esqueleto humano. Con sus vacías cuencas mirándoles. Con sus ropas intactas sobre los huesos blanquecinos, limpios de carne y piel…

Alan Conway no podía identificar un esqueleto. Pero sí unas ropas.

—Cielos… —suspiró—. Ya lo hemos encontrado. Es él… Es Shelby Cortland…, o lo que queda de él…

* * *

Había sido solamente un leve resquicio de esperanza. Sólo eso.

La brisa se extinguió esa misma madrugada, volviendo a dejar al *Sally Ann* II en alta mar, inmóvil, mecido por un suave oleaje, en plena calma chicha. Y lo peor es que los indicios presagiaban una larga calma en vientos marinos. Estaban varados en el mar. Incapaces de llegar a alguna parte a toda vela, para salir de aquella espantosa pesadilla.

El timonel permanecía apoyado en el timón, contemplando sombríamente la ausencia de brisa. A su lado, Alan Conway fumaba un cigarrillo en silencio. Finalmente, miró el marinero al periodista. Éste le devolvió la mirada. Era Simpson el timonel de guardia.

—¿Qué cree que va a ocurrimos a todos, señor? —preguntó con voz trémula.

—No lo sé —confesó roncamente Alan—. Nadie sabe nada. Ni siquiera lo que está ocurriendo, Simpson.

—Nunca debí subir a bordo. Si hubiera hecho caso de mis presentimientos… Aquella forma de morir Budd Nelson debió ser suficiente aviso…

—Creo que el aviso fue para todos. Y no supimos interpretarlo. Ahora, es tarde para volverse atrás. Ya ves que no hay viento.

—Hasta en eso tenemos infortunio, señor. Este barco está maldito. Como el otro *Sally Ann* que el diablo se haya llevado. Esqueletos por doquier. Es todo lo que quedará de nosotros. La historia se repite.

—Sí, eso parece. Pero ¿qué clase de historia? —Se mordió Alan el labio inferior, profundamente preocupado—. Porque lo cierto es que nada de todo esto está claro… Primero Diana Darrin, luego el profesor decapitado… y ahora el esqueleto de Cortland…

—El reverendo Wade dice que es obra del diablo. Que todos debemos rezar y pedir al Señor que se digne ayudarnos y expulsar del barco a los endemoniados… Pero ¿quiénes pueden ser esos endemoniados, señor? Todo el mundo parece tan asustado como yo…

—El reverendo Wade está lleno de buenas intenciones. Pero ve al demonio por todas partes, Simpson. Quizá no le falte razón. El mal está presente, eso es obvio. Sólo que no creo que necesitemos un exorcista.

—¿Qué, entonces?

—Si pudiera saberlo… —Conway meneó su cabeza, con desaliento—. A veces creo vislumbrar algo… y en seguida se diluye, se me va de la mente y no deja el menor rastro. Es como perseguir un pez en el mar. Tú sabes de eso, amigo Simpson. El pez acaba siempre por resbalar entre los dedos… y marcharse lejos de nuestro alcance.

—Cierto, señor —asintió el timonel, sombríamente—. Pero en esos casos, siempre hay un anzuelo, una red, algo con que pescarlo… Nosotros, desgraciadamente, no tenemos nada…

Se quedó silencioso, hierático, erguido junto al timón, como una figura inanimada. Conway se alejó despacio por la cubierta, en la cálida y húmeda madrugada. Murmuró entre dientes, hablando consigo mismo:

—Un anzuelo… Una red… Sí, no es ninguna tontería lo que dice ese buen Simpson… Si el pez escapa siempre…, el anzuelo puede

hacerle caer. O la red… Todo depende de la habilidad con que se tienda…, si es que el pez no resulta un monstruo marino capaz de devorarlo todo…

Sumido en sus reflexiones, llegó al castillo de popa. *Sir* Josuah paseaba por el puente, de modo nervioso y crispado. Alan se detuvo a contemplarle.

—Usted tampoco puede dormir, ¿no es cierto? —preguntó.

—No, tampoco, Conway —confesó el capitán con un suspiro—. Me siento culpable. Creo que mi estupidez ha provocado todo esto. Nunca debí emprender esta loca aventura.

—No diga eso. Usted no podía sospechar que las cosas pudieran repetirse.

—Repetirse… —Se mordió el labio inferior. Preguntó, sin mirarle—: ¿Usted cree que fue esto mismo lo que ocurrió a bordo del auténtico *Sally Ann*, Conway?

—¿Cómo puedo saberlo, señor? Es muy posible que se trate de hechos paralelos. Pero no es lógico pensar algo así. Somos diferentes personas, distintas épocas…

—Pero el barco es el mismo, virtualmente. Una copia exacta. Alan.

—Cierto. Eso no explica nada. A menos…

—¿Qué?

—No, nada.

—¿Qué había pasado por su mente, Conway? Me gustaría saberlo —confesó *sir* Josuah, sin quitarle la mirada de encima, profundamente interesado.

—Si al menos fuese algo concreto… Fue una vaga idea que me asaltó —hizo un gesto evasivo—. Nada serio, *sir* Josuah. Todos dejamos volar la imaginación ante lo que está sucediendo a bordo… ¿Han examinado ya minuciosamente el esqueleto de Cortland?

—Sí. Es él, sin duda. Sus ropas, su cabello… Y hasta un anillo caído de uno de sus descarnados dedos. Un aro de cobre, con el nombre del Hispania… Ya sabe, el barco que naufragó…

—Oh, sí, el Hispania… —Alan asintió, dándose un golpe en la frente—. Ahora recuerdo algo sobre eso…

—¿Qué, Conway?

—Un libro que me prestó su hija… Allí se habla del Hispania. Observé que era un barco dedicado a buscar tesoros perdidos, eso

sí. ¿Qué diablos haría Cortland allí?

—¿Tesoros? —*Sir* Josuah frunció el ceño—. Suena a cuento de niños.

—Su odisea no fue ningún cuento de niños. No hubo más superviviente que Shelby Cortland, en una balsa… y ahora que recuerdo, rodeado de esqueletos de otros náufragos, cuando fue rescatado por un navío. Me gustaría conocer la historia de ese barco. Tal vez ahí esté la explicación del por qué Cortland fue primero envenenado… y luego raptado y convertido en…, en eso que encontramos.

—No creo que el Hispania explique el misterio —rechazó *sir* Josuah, moviendo la cabeza—. Debe ser el *Sally Ann*, estoy seguro. Quise repetir la experiencia, conocer el secreto de su terrible final… y quizá eso me ha sido concedido con excesiva fidelidad y precisión.

—Es posible, *sir* Josuah. Pero no puedo olvidar que casi cien años nos separan de esos momentos. ¿Cómo pueden repetirse unos hechos tan extraños, un siglo después? Cuando haya una respuesta para eso, tendremos la clave de lo que sucede a bordo. Para mí, sólo hay dos explicaciones verosímiles, señor.

—¿Cuáles, Conway? —El interés del aristócrata era vivísimo ahora.

—La primera, que algo inmaterial, realmente, algo que no sería «de este mundo», usando palabras del infortunado profesor Guthrie, se encuentra en estas aguas y no le afecta el tiempo, cuando ataca a una embarcación. Pero claro, ¿por qué sólo a ésta, después de cien años, con la de embarcaciones modernas que surcan el Caribe? Eso me hace pensar en lo inmaterial, lo extra terreno… que se ceba en lo que parece el *Sally Ann* revivido.

—Es una teoría fantástica. Pero más fantástico es lo que nos sucede. Admito que «algo», quizá una fuerza maligna, está destruyendo a nuestra gente, como antes destruyó a la del bergantín original, pero… ¿cuál es su segunda explicación al caso, Conway?

—Otra mucho más material y tangible. Alguien, a bordo, está provocando esas muertes. Y la posterior transformación de los cadáveres en esqueletos.

—Sí, pero ¿cómo? Es algo que no tiene sentido…

—Puede tenerlo, sin que nosotros lo veamos claramente. Y existen ácidos que pueden descarnar un cuerpo _en pocos

momentos.

—No hay ácidos así a bordo. La carga está revisada. A menos que alguien lo oculte en un lugar insospechado…

—Así podría ocurrir, *sir* Josuah. Hemos de aceptar todo lo más improbable e insólito, si queremos llegar a alguna parte en nuestras deducciones. Porque todo es aquí insólito…

—Está bien, Conway —suspiró *sir* Josuah Salters cansadamente —. Dejemos de divagar. Me temo que no nos conduzca a nada en absoluto… Vaya a descansar. Yo también Jo haré. No adelantamos nada, perdiendo horas de descanso, ya que no de sueño, porque es difícil conciliarlo…

—Sí, creo que está en lo cierto… ¿Y Daphne? ¿Se encuentra bien?

—Dentro de lo posible… —Se encogió de hombros—. La informé de lo ocurrido. Está muy deprimida, pero no quiere ignorar lo que sucede a bordo.

—Es comprensible, señor… ¿El cadáver del profesor sigue en sitio seguro?

—Sí, Conway. Ismael Goldman, nuestro contramaestre, se ha ofrecido a velarlo toda la noche. Depositamos cuerpo y cabeza bajo una manta, en una de las cabinas de popa. A los marineros no les hubiera hecho gracia tenerlo tan cerca… Sólo Ismael demostró no sentir miedo alguno. Es el único tripulante que ha superado su propio temor.

—Bien, *sir* Josuah. Buenas noches. Y viva alerta. Con todos. Tripulación… y los demás. Es un consejo, señor.

—Lo tendré en cuenta. De todos modos, tengo un revólver bajo la almohada. Y otro en mis ropas.

—Si el adversario es de este mundo, será más que suficiente. Si no… —Conway meneó la cabeza, alejándose sin añadir más.

Se acostó poco después. El reverendo Wade era ya su único compañero de cabina. Ambos hombres se miraron en silencio, con cierto recelo mutuo. Luego, mientras intentaba dormir, Conway escuchó el murmullo de los salmos que recitaba en voz alta el religioso. La palabra «Satanás» se repetía numerosas veces.

A pesar de todo, se quedó dormido. Y ya clareaba cuando despertó. La ausencia de crujidos y bamboleos, le probó que la irritante calma proseguía. La brisa se negaba a colaborar con ellos,

como si todos los elementos se sintieran hostiles contra el *Sally Ann* II.

Conway miró a la litera del reverendo Wade. Estaba vacía ya. Muy madrugador se sentía ese día el sacerdote. Alan se incorporó. Se aseó rápidamente, asomando a la cubierta.

Le sorprendió la quietud y silencio por doquier. Sintió un escalofrío. Por un momento, tuvo la alucinante impresión de que estaba completamente solo en el bergantín, acaso rodeado sólo de descarnados esqueletos, inmóviles en sus puestos.

Por fortuna, pronto se disipó tan desagradable sensación. Vio salir a Duncan Harris del castillo de popa, y aferrarse a la barandilla del puente de mando, como tomando aire con todas sus fuerzas. Conway se acercó más. Observó que estaba muy pálido. Miró en derredor. Seguía mostrándose muy vacío todo el barco, al menos en su cubierta.

—Buenos días, señor Harris —saludó el joven periodista—. ¿Alguna esperanza de vientos favorables?

Harris giró la cabeza. Le miró con rara expresión. Luego, hizo un encogimiento de hombros, como si todo eso le tuviera sin cuidado.

—Ninguna —confesó—. ¿Es que no sabe usted nada todavía, señor Conway?

—¿Saber? —Un estremecimiento agitó al reportero súbitamente. Empezó a temer algo. Y preguntó con aprensión—: ¿Qué es lo que debo saber, señor Harris? ¿Algo nuevo?

—Desgraciadamente, sí. Creí que ya estaría enterado…

—Me dormí muy tarde, y debí hacerlo profundamente. No he oído nada. ¿De qué se trata?

—Si quiere saberlo por sí mismo, entre ahí —invitó amargamente Harris, señalándole el castillo de popa—. Sus ojos le darán una imagen de los hechos, mejor que mil palabras, por todos los diablos…

Su aprensión iba en aumento. Subió rápido al puente, y penetró en el recinto destinado a las dependencias del capitán. Un temor indefinible a que algo pudiera relacionarse con Daphne, le asaltaba desagradablemente. Pero sollozando, muy pálida, en un rincón del camarote de *sir* Josuah.

—Daphne… —murmuró Conway, aturdido—. Cielos, ¿qué sucede aquí? Acabo de despertarme… y empiezo a temer algo malo.

—Oh, Alan, ¡es horrible todo! ¡Horrible! —estalló de pronto ella, en amargo llanto, y se precipitó a los brazos de Conway, refugiándose en ellos casi patéticamente, como en busca de una protección imprescindible para mantenerse entera y con firmeza.

—Pero…, pero, Daphne, háblame, por el amor de Dios. ¿Acaso tu padre…?

—No, no —gimió ella—. Por fortuna no es eso… Papá está bien. Pero…, pero se trata de…, del profesor… El profesor Guthrie…

—¿El profesor? ¿Qué ocurre ahora? Él está muerto…, decapitado. ¿Qué más puede sucederle a un hombre, por todos los diablos?

—Alan, el cuerpo y la cabeza del profesor… —le señaló al fondo, a una puerta cerrada—. Allí, Alan… Está allí. Papá lo ha trasladado… después de ocurrir…

—De ocurrir… ¿qué? —jadeó Conway, demudado.

Y, sin esperar a que ella le diese respuesta alguna, Alan la soltó, cruzó la sala con grandes zancadas, llegó a aquella puerta y la abrió casi violentamente, encarándose con lo que había dentro.

Era realmente terrible, aunque no fuese la primera vez que se enfrentaba al horror.

El esqueleto y la calavera. Era todo lo que quedaba del cadáver de Malcolm Guthrie. Sus ropas fláccidas, acartonadas por la sangre de la hemorragia al ser decapitado, sobre el cuerpo descarnado. Y a un lado, la cabeza cortada, ahora convertida en una simple calavera blanquecina. Ni rastro de piel o de carne humana. Igual que consumido por el más potente ácido imaginable.

—Dios sea loado… —masculló Conway, descompuesto—. ¿Otra vez?

—Y no es eso lo peor, Conway —dijo lentamente la voz de *sir* Josuah, que acababa de irrumpir en el camarote—. Ismael Goldman, el contramaestre, que velaba el cadáver del profesor…, ¡ha desaparecido sin dejar rastro!

CAPÍTULO VII

Cerró el libro, con un suspiro.

La historia del Hispania no era nada fuera de lo corriente en las grandes tragedias marítimas, después de todo. Un simple naufragio a causa de una vía de agua, los viajeros y tripulantes intentando salvarse…, y sólo unos pocos en una balsa, salvándose de que los engullera el remolino formado por el barco al sumergirse. Apenas media docena de personas. Y sólo una sana y salva, rescatada entre restos humanos: Shelby Cortland, buscador profesional de tesoros.

Era lo único interesante. Buscador de tesoros. Al fin conocía el oficio real del misterioso Cortland. Tesoros en e5 fondo del mar. Por eso viajaba con frecuencia. Un buen submarinista, un experto en inmersiones, en buscar riquezas sumergidas. Había muchos locos así. Ahora, su carrera y su vida habían terminado trágicamente. A bordo de un bergantín en el que quizá embarcó pensando que *sir* Josuah Salters no era del todo sincero en la exposición pública de sus propósitos, y el fletar aquella copia del *Sally Ann* era por motivos crematísticos y no por un romántico afán de conocer un viejo secreto de los mares.

El pobre diablo pagó cara su desconfianza. En vez de un tesoro de cien años de antigüedad en el fondo del Caribe, había hallado la muerte. Una muerte horrible sin duda, carcomido por algo demoledor, que sólo dejaba esqueletos tras de sí, como único rastro de su paso…

Conway dejó el volumen sobre un estante. Se incorporó en el asiento que ocupaba en solitario, en el comedor del castillo de popa. El almuerzo había sido un completo fracaso ese día. La desaparición de Ismael, de quien no se hallaba rastro alguno por ninguna parte, pese a remover el bergantín de proa a popa y de babor a estribor, unida al hallazgo de los huesos del profesor Guthrie, había quitado

el ánimo y el apetito a todos.

Conway se conformó con una taza de caldo y un café. Luego, se puso a leer el libro. Ahora seguía sin saber nada, ni del *Sally Ann*, ni del Hispania, y mucho menos hacerse una remota idea de lo que sucedía a bordo del *Sally Ann* II en aquella alucinante singladura, repentinamente interrumpida por la total y persistente ausencia de fuertes brisas.

Allí estancados, como castigados por plagas bíblicas inconcebibles…, ¿qué podían esperar en las siguientes horas, sino ir sintiendo el deterioro de los nervios, minuto a minuto?

Fue como una respuesta a sus pensamientos. La voz le sobresaltó:

—Ya basta, Conway. Me he cansado de esperar.

—¿Esperar… qué? —Alan alzó la cabeza, miró sorprendido a un *sir* Josuah belicoso y malhumorado, que se apoyaba en la jamba de la puerta, frente a él.

—Los malditos vientos favorables. No nos moveremos nunca de aquí, a ese paso. Y tras los sucesos vividos, nos urge llegar a tierra. Cuanto antes.

—Pues eso llevará tiempo, *sir* Josuah. No disponemos de medios para solicitar ayuda a nadie ni denunciar lo que ocurre a bordo. No se ve un barco ni un avión en estos días… ¿Qué otra cosa puede hacer sino esperar?

—Terminar con las reglas del juego, sencillamente. Hacer trampa.

—¿Trampa? —Alan meneó la cabeza—. No le en tiendo…

—El motor Diésel. Lo haré funcionar. Saldremos de aquí en seguida. A toda máquina.

—¡El motor Diésel! —Conway parpadeó, estupefacto, mirándole como si temiera por la salud mental del padre de Daphne—. Señor, pero ¿qué dice?

—Hay un motor Diésel a bordo. Lo hubo siempre, Conway. La caja de la bodega, la marcada con tiza azul, ¿entiende?

—Cielos, ésa es la trampa… No quiso jugar sucio, pero le obligan a hacerlo… —Conway se incorporó vivamente—. Por el amor de Dios, *sir* Josuah, es demasiado honesto a veces consigo mismo y con los demás. ¿Por qué no sacó ese maldito motor mucho antes? Ya podríamos estar en Maracaibo, o en Curasao… y haber

denunciado los hechos a las autoridades navales.

—Yo no podía pensar que todo se pondría tan en contra… Espero que todos sepan perdonarme. Pero recurrir a un motor era tan poco digno como llevar radio, luz eléctrica o algo así… No era jugar limpio.

—Olvide el *fair play*, señor. Al menos, por ahora. Nuestro enemigo, sea terreno o de otro mundo, no tiene consideraciones para con las vidas de los que estamos a bordo de esta nave. Vayamos a puerto, antes de que sea demasiado tarde, y nuestra suerte se consume total mente, como se consumó la del *Sally Ann*…

—Voy a prepararlo todo, con el oficial Harris y el marino Simpson. Hay que desembalar el motor y aplicarlo a un sistema motriz que tengo a punto… Aun sin brisa, vamos a volar sobre las aguas, ya lo verá, Conway…

Y fue cierto.

Dos horas más tarde, ante el general asombro, vibraba el viejo casco de madera, se agitaban las aguas en torno, y con un fuerte olor a combustible, el bergantín se ponía en marcha, rompiendo las reglas del juego establecido previamente por *sir* Josuah.

A éste se le veía disgustado en el puente, mientras su nave avanzaba, saliendo al fin de su estancamiento, rumbo sur, a Maracaibo, que era el puerto más próximo. La singladura del *Sally Ann* II tocaba inesperadamente a su fin.

Pero antes de ello, el horror se iba a hacer tangible.

Lo cierto es que a Alan Conway no le sorprendió demasiado. Era algo que se temía desde que el Diésel puso en marcha de modo imprevisto al bergantín goleta.

Algo tenía que suceder. El diablo, o lo que fuese la tuerza maligna que sembraba el terror a bordo, no iba a quedarse pasivamente, contemplando el fin de su siniestro reinado en el navío.

Y así fue.

El mal, con más fuerza que nunca, se hizo presente entre ellos. El horror cobró forma.

Y su naturaleza fue tan espantosa, que por terrible que pudiera esperar Conway que fuese la verdad, jamás hubiera pedido llegar tan lejos en sus cálculos. A pesar de que, momentáneamente, él había llegado a intuir una vez la clase de horror que les acechaba.

Un horror que no tardó en desencadenarse sobre el *Sally Ann* II y sus tripulantes supervivientes…

* * *

—Otro anochecer… Alan, me pregunto si serán las horas de esta noche tan horribles como las de anteriores ocasiones…

Conway no dijo nada. La cena tocaba a su fin. *Sir* Josuah, el reverendo Wade, él y Daphne formaban la mesa de comensales supervivientes. Los vacíos de Diana Darrin, de Cortland y del profesor Guthrie, eran ostensibles. Y pesaban como losas de piedra sobre ellos.

—Mañana avistaremos tierra colombiana y venezolana, hija —habló *sir* Josuah gravemente—. Y poco después, habremos pisado tierra, gracias a Dios. Entonces, todo esto nos parecerá una pesadilla angustiosa, y nada más.

—Pero habrá sucedido, *sir* Josuah —sentenció el religioso—. Satanás se habrá cobrado sus víctimas. Y quizá nunca sepamos lo que llegó a ocurrir realmente a bordo…

—Lo importante ahora es sobrevivir —dijo Daphne amargamente—. ¿No piensas así, papá?

—Me veo obligado a ello. Soy responsable de vuestras vidas. Ya se han sacrificado demasiadas, por querer ser fiel a un juego de caballeros. Quizá los malos demonios que usted cita, reverendo, no sean tan activos cuando el progreso interviene. Ese motor, rugiendo en la bodega, ahuyentará a los espíritus del pasado, sin duda alguna.

Se equivocaba *sir* Josuah. Y Conway estaba seguro de ello. Quizá por eso hizo su seca observación, poniéndose en pie al terminar su cena:

—Señor, no creo que sea cuestión de costumbres o de épocas… El mal que nos acompaña en este viaje, aún está aquí. Muy cerca. Rozándonos con su mano helada. Lo presiento. Lo intuyo. Ni siquiera hemos recuperado todavía al pobre Ismael. Y me temo que cuando ello suceda, tendremos otro esqueleto, el cuarto, para la macabra serie de ellos que llevaremos a bordo…, si es que para entonces no estamos en igual estado TODOS nosotros…

—Conway, qué horribles cosas dice usted —le reprochó *sir* Josuah, disgustado.

—Lo siento, señor. Pero no puedo sentirme optimista. Esta noche, por lo que más quieran, cierren sólidamente sus puertas y aberturas. No salgan ni den paso a nadie.

—Pero… ¿qué quieres decir con eso? —le preguntó Daphne, mientras el reverendo le contemplaba con ojos asombrados e inquietos.

—Justamente lo que he dicho, Daphne. Temo lo peor. Es la última noche a bordo, si ese motor sigue funcionando bien. Quisiera equivocarme, pero nos espera lo peor, si la fuerza que se nos enfrenta es, como temo, un «algo» inteligente, capacitado para pensar y actuar sin pérdida de tiempo…

—Conway, ¿es que usted sospecha… o sabe algo concreto? —jadeó *sir* Josuah.

—Ya le dije que tenía ideas vagas. Nada concreto. Por eso no hablo de ello. Puedo estar en un error, incluso, Pero he sumado dos y dos… y me ha dado cuatro. Háganme caso. No se fíen de nada. Estén alertas. A ser posible… no duerman. Es preciso velar. Y velar toda la noche, preferentemente.

—¿Usted piensa hacerlo? —le interpeló el reverendo Jonathan Wade.

—Desde luego, reverendo —sonrió fría, duramente, Alan Conway—. Pienso permanecer con los ojos muy abiertos hasta el nuevo día…

* * *

Por el momento, estaba cumpliendo su palabra.

No sentía sueño. A pesar de que no había tomado café o té esa noche, se mantenía enteramente despierto, erguido en la oscuridad, sobre su litera, sintiendo crujir el maderamen, y zumbar el motor Diésel en la noche sin brisa.

El reverendo dormía ya profundamente. Como él la mañana anterior. No iba a cometer el mismo error otra vez. Por eso no había tomado café ni té. Una vez, ese café contuvo veneno para un hombre. Ahora, estaba seguro de que contenía narcótico. Algo que adormecía…

Entre los crujidos del barco de madera, movido por medios modernos ahora, captó otro crujido. Uno más lejano y sorprendente, en alguna parte de la propia popa. Un seco chasquido. Metálico, no

de madera.

Permaneció con los ojos muy abiertos en la oscuridad, agudizado el oído. Ese sonido no volvió a repetirse. Pero sí otros. Roces, como si rascaran en la popa. En sentido ascendente…

Conway encajó las mandíbulas. Notaba una rara excitación. Un sudor frío mojaba su piel en esos momentos. Oprimió con mano firme el arma que abultaba en su bolsillo. Uno de los revólveres de *sir* Josuah. El capitán y armador se había resistido un poco a deshacerse de una de sus armas, pero cedió finalmente.

Alan sabía que era un riesgo quizá fatídico confiar en unas balas de níquel del calibre 38. Ni siquiera estaba seguro de que… aquello fuese humano. Ni aun mortal. Sabía tan poco de aquella «cosa» o criatura abominable que reinaba a bordo… Sólo imaginaba cosas, ataba cabos, deducía… Pero el más leve error sobre la naturaleza del monstruo, le conduciría a él directamente al desastre. Y lo que hallarían los demás, al despertar, sería un nuevo esqueleto humano: el de Alan Conway, periodista del Sunday de Londres. Víctima del mismo ente maligno que había destruido ya varias vidas humanas…

No sólo allí, sino en otros lugares. Y en otros tiempos…

El *Sally Ann*… El Hispania… Y otros. Sin duda, muchos otros. Misterios marinos que las profundidades guardarían para siempre. Historias macabras que jamás saldrían a la superficie. Esqueletos humanos perdidos para siempre en el fondo de los océanos…

Finalmente, un roce más nítido. Sobre su cabeza. En cubierta. En el puente. Junto al castillo de popa. Conway saltó de la litera con agilidad de felino, descalzo. Sin producir ruido alguno.

Paso a paso, se confirmaba todo con terrible precisión. Su teoría era cierta. Brutalmente cierta. Casi iba preparado para lo que vería allá afuera. Y aun así, al asomar por la portezuela de acceso a cubierta, sintió mareo, fuertes náuseas, y hubo de sujetarse al muro de tablas, empuñando en su diestra el revólver amartillado.

Allí estaba el esqueleto. Con sus ropas. En el puente de popa.

Lo estaba depositando la forma en movimiento. Lo situaba junto al respiradero que conducía a las estancias de *sir* Josuah y de su hija Daphne. Sentado en el suelo, en macabra postura. La claridad de un fanal, arrancaba un brillo marfileño a la calavera espantosa. Conway supo que estaba viendo los huesos del infortunado Ismael, el contramaestre. El hombre que amaba la grandeza de «Moby

Dick», había hallado su propio fin en el mar. Pero no ante la blanca ballena de la Divinidad, sino ante un monstruo de opuesta condición.

La más abominable encarnación de Satanás, tal vez, como hubiera dicho el reverendo Wade. Conway le hubiera dado otro nombre: criatura repugnante y malvada, ser aborrecible de insaciables instintos…

Y, sin embargo, pese a todo… parecía humano.

Era humano.

El ser que depositaba el esqueleto en el puente de popa era totalmente humano en su apariencia. Aunque su negra envoltura, ceñida y lustrosa, de material plástico, le hiciera parecer en cierto modo un monstruo surgido de las profundidades del mar. Era sólo una simple ilusión óptica en la noche.

No se trataba de ningún animal marino, aunque sí fuese un monstruo terrorífico. Alan le observó en silencio. El ser se movió. ¡Iba a penetrar por un respiradero, a las cámaras de *sir* Josuah y su hija!

No dejó seguir adelante al monstruo. Era preciso evitar todo riesgo. Especialmente, a Daphne. No se hubiera perdonado que a ella le ocurriese nada. Y aquella maligna criatura era capaz de todo… Ahora, él lo sabía a ciencia cierta. Estaba seguro del terreno que pisaba. Su teoría fue verdadera.

—Se terminó tu juego, criatura infernal —dijo de pronto, con voz restallante como un latigazo—. Ya no vas a DEVORAR MAS SERES HUMANOS A BORDO DE ESTE BARCO, Shelby Cortland…

Y, ciertamente, era el pálido rostro de Shelby Cortland, sus negros ojos relampagueantes y sombríos, los que se volvieron hacia Alan Conway, con expresión de temer y de malignidad a un tiempo.

CAPÍTULO VIII

Shelby Cortland.

El ex náufrago. El buscador de tesoros. El envenenado por cianuro en el café. El desaparecido. El supuesto esqueleto hallado en la sentina del bergantín…

Shelby Cortland. Extrañamente pálido y obeso. Con un enorme vientre. Con una baba repulsiva resbalando por sus labios… Con una rara expresión de HAMBRE en su faz…

—¡Conway! —jadeó—. Me había asustado usted. Yo le explicaré…

Se movió hacia él. Con normalidad, como si fuese un buen amigo, sorprendido en algo que tiene fácil explicación. Alan no iba a caer en la trampa.

—¡Quieto! —avisó rudamente, adelantando el arma, apuntada directamente a la cabeza del misterioso personaje—. Un paso más, y le vuelo la cabeza, Cortland. No va a engañarme a mí. Sé quién es. Sé lo que es… Su rostro revela odio, su gesto apetito… Un apetito monstruoso y terrible, ¿no es cierto, Cortland? ¿Qué clase de criatura es usted, realmente, bajo esa apariencia humana y normal? ¿Cuál su naturaleza, que le permite vivir mucho más de cien años…? Cien años de engullir CARNE HUMANA… ¡Es usted un antropófago muy diferente a los indígenas de lugares primitivos, Cortland! Porque ellos se atienen a ritos ancestrales. No ven mal en ello. Eso forma parte de su existencia. En su caso… no. Es diferente. Puede vivir como cualquier otro ser humano. Pero cuando se ve rodeado de otras personas y puede quedar impune…, devora y devora… Como hizo en el Hispania… ¡con todos sus compañeros de balsa, antes de ser recogido! Como ha hecho con Diana Darrin, con Guthrie, con Ismael… y como pensaba hacer con todos nosotros, uno por uno, antes de llegar a puerto…

—¿Cómo…, cómo llegó a saberlo, Conway, maldito sea? —farfulló aquel monstruo glotón, devorador de sus semejantes.

—La historia del Hispania me dio la clave. Luego, lo que aquí sucedía, lo del primer *Sally Ann*… Siempre calaveras humanas, esqueletos por único rastro… ¿Por qué? Lo lógico era pensar en que eran… comidos. Pero ¿por quién? ¿Un raro animal marino? ¿O… un hombre que, realmente, Na ES UN HOMBRE?

Cortland emitió un gruñido ronco. Su cara era lívida, sus ojos brillaban crueles, su boca se abría, babeante, como anhelando alimento fresco, vivo…

—No adelantará nada, Conway… No puedo morir —susurró—. Tuvo razón en eso. Ya vivía yo en tiempos del *Sally Ann*… Soy…, soy el producto de una antigua experiencia… Ahora se le llamaría científica… Era alquimia… Una especie de bioquímica de entonces… Un sabio cometió un error. Debía darme la inmortalidad. Sólo eso. Y me la dio, sí… Pero alteró mi genética, mis células… Me hice devorador de hombres, caníbal absoluto… Y precisamente ese festín me, dotaba de más vigor y energía, de más vida… ¿Entiende ahora? ¡La inmortalidad mía… DEPENDE DE LOS SERES QUE DEVORO! Lo he descubierto al fin… y pienso vivir eternamente… ¡Nadie impedirá que yo siga con vida, que vaya de barco en barco, fingiendo buscar tesoros… para engullir mis manjares favoritos!

—Me causa usted horror… —jadeó Conway—. Pero no me asusta. No dudaré en disparar, si me obliga a ello… Y contra eso, nada podrá su inmortalidad, Cortland. ¡Puede usted sobrevivir, siempre que no le vuelen el cráneo de un disparo! No existe vida eterna que soporte esa prueba, esté seguro…

—No, no lo hará… —jadeó Cortland—. Escuche, Conway. Yo sé muchas cosas. He viajado mucho, he visto hundirse buques cargados de oro y de dinero… Puedo darle datos, llevarle a donde se hallan sepultados… ¡Sería el hombre más rico del mundo!

—Y terminaría en su estómago… No, gracias, Cortland. Voy a atarle. Le encadenaremos e irá hasta Maracaibo. Allí le procesarán. Creo que nadie le librará de morir ahorcado… o fusilado.

—¡Noooo! —rugió Cortland, con alucinada furia.

Y saltó sobre Alan Conway como un tigre hambriento, abierta su repugnante boca, desorbitados sus ojos, dominado por la furia de

vivir… y por el ansia de engullir, de saciar su espantoso apetito infrahumano…

Alan Conway no podía hacer muchas cosas. Sólo una. Y la hizo sin vacilar.

Apretó dos veces el gatillo. Dos balas penetraron en la cabeza de Cortland a bocajarro. Saltó la tapa de su cráneo. La masa encefálica se dispersó por doquier…

Y el hombre que se creía inmortal, el monstruo de otros tiempos, que obtuvo la facultad de vivir más que nadie, a cambio de un horripilante apetito diferente a todos, cayó a pies de Conway, terminada súbitamente su vida. Para bien de todos los demás…

Capítulo IX

—¿Es posible esa historia, Conway?

—*Sir* Josuah, él mismo la admitió ante mí. No era humano, realmente. Ya no. Alguna vez, en el pasado, debió serlo. El experimento biológico le convirtió en un monstruo. Pero no todos los monstruos tienen horrible aspecto de fealdad. Eso es maniqueísmo. Bajo la apariencia de un ser normal, puede encerrarse un monstruo peor que todos…

—Pero…, pero encontramos su esqueleto, Alan —le recordó Daphne.

—Un truco suyo. Quería que tuviéramos miedo, que nos asustáramos unos de otros, que sospecháramos de nosotros mismos, no de él…

—¿Y… y el veneno en el café?

—Obra suya. Un engaño más. Disfrutaba provocando el terror a bordo. Como la decapitación del marino en Kingston… Crear un clima de horror. Y luego, atacar, nutrirse horriblemente…

—Dios mío, Conway… —*Sir* Josuah se frotó el mentón, muy pálida su faz—. Aún no logro entenderlo bien… ¿De dónde sacó ese falso esqueleto? ¿Dónde se ocultaba él, dónde escondía a los seres que luego… devoraba?

—Lo imaginé fácilmente. Esta noche lo comprobé al escuchar ruidos metálicos. Si miramos bajo la línea de flotación del bergantín, seguro que hallaremos allí una especie de cápsula sumergida, unida de alguna forma al casco del barco… Allí llevaría algún esqueleto más, el que sirvió para ocupar su puesto… Y allí realizaba sus festines, allí escondía los cuerpos… y se ocultaba él, mientras estábamos en alta mar. Luego salía, escalaba el casco, y dejaba en alguna parte el esqueleto… Lo habrá hecho tantas veces, durante más de un siglo…

—¿De veras crees que era tan viejo? —musitó Daphne, contemplando el bulto tapado por la manta, en el puente de popa.

—Eso, tal vez nunca lo sepamos…, pero estoy seguro que sí —afirmó Alan, ceñudo.

De repente, la ansiada brisa se levantó. Fue tan súbita, que parecía cómo una bendición para la tripulación del navío maldito. Y con su fuerza, alzó la manta del suelo…

Daphne lanzó un grito. *Sir* Josuah quedóse demudado. Conway contempló, atónito, la forma tendida en el suelo.

Era un espantoso y sobrecogedor espectáculo el de ahora.

Shelby Cortland ya ni siquiera parecía él. Paulatinamente, había ido transformándose tras su muerte. Y ahora, el cuerpo que allí yacía era el de un anciano de apergaminada piel oscura y rugosa, de cabellos lacios y blancuzcos, de rostro que parecía tener todos los años del mundo…

—Dios mío, era cierto… ¡Todo era cierto, Alan! —sollozó Daphne.

Y se abrazó a Alan Conway, ocultando su rostro para no ver aquella forma diabólica, ante la cual, el reverendo Jonathan Wade empezó a pronunciar versículos de la Biblia, que hablaban del Señor y de la otra vida, del Juicio Final y del perdón de los pecados…

El bergantín navegaba rápidamente hacia Maracaibo. Daphne seguía aferrada a Conway, su cabeza sobre el pecho del joven periodista.

Y a él le gustaba eso. No podía evitarlo. Le gustaba la proximidad de Daphne. Tendría que preguntarle, una vez en tierra, cuando toda aquella espantosa pesadilla comenzara a olvidarse; si quería permanecer más tiempo cerca de él. Mucho más tiempo.

Toda una vida, por ejemplo.

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana). Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester. Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*. Su extensa obra literaria como

escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera. Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios. En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz. Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.